



ÉPOCA 4.^a — AÑO X. — TOMO VIII

NÚMERO 24. — Madrid 25 de Agosto de 1885

NÚMERO SUELTO, DOS REALES



EL VERANO. — Alegoría de Edward.

SUMARIO

TEXTO.—La Decena, por Blas.—Crónica universal, por X.—Carta de Roma, por D. J. M.—Los grabados.—Casualidades, por D. Antonio Guerola.—Dos métodos curativos en el siglo XVIII.—La Basílica compostelana y las peregrinaciones a Santiago (conclusión), por J. Fernández Sánchez y F. Freire Barreiro.—Ave verum, por M. Franc.—Un manuscrito inédito del P. Ribadeneira (continuación).—Aurora (conclusión), por Vicente Aspa.—Patriotismo y abnegación (continuación), por Esteban Marcel.—Conocimientos útiles.—Miscelánea.

GRABADOS.—El verano.—El castillo de Chillón en Suiza.—La caridad cristiana en acción.—Lunurec, isla de las Carolinas.

LA DECENA



La temperatura ha desafinado algo en los últimos días. Ha salido del diapason normal, subiendo hasta 38 grados en la escala cromática del termómetro centígrado.

¡Treinta y ocho grados a la sombra! Convengamos en que este *allegro* de la temperatura tiene ya más de tres bemoles.

Y este año se hace más insoportable el calor por lo sostenido, prescindiendo de los bemoles, y además porque contamos con menos recursos que otras veces para combatirlo. La Higiene, esa especie de sombra de Nino, que nos sigue a todas partes con ceño adusto y amenazadores ademanes, contribuye, por su parte, a hacernos sudar el quilo.

Es una señora muy solícita, muy cariñosa, muy prudente, muy discreta, es cierto, pero capaz de acabar con la paciencia de un santo. Yo he tenido ya con ella algunos amistosos altercados, como los que solía sostener de niño con mi abuelita cuando me coartaba la libertad en mis juegos turbulentos.

«Señora Higiene — la he dicho muchas veces, — por más que me honra mucho su compañía, la ruego se ocupe menos de mi insignificante personalidad y aproveche mejor el tiempo en otra parte, que seguramente no ha de faltarle entretenimiento adecuado a su utilísimo ministerio.

«¿Ve usted aquella que pretenciosamente se llama *casa*, cuando sólo es establo, de *vacas* más o menos suizas? Y aun sin verla, puesto que no aparta usted de mí sus ojos, ¿no hieren su membrana pituitaria esas fétidas emanaciones que de allí se desprenden, harto más robustas que las vacas de leche y mucho más espesas que la leche de las vacas?

«Sí, ya sé lo que va usted a decirme: que esos olores nauseabundos no son perjudiciales a la salud, antes bien, algunos higienistas les conceden cierta eficacia desinfectante. Pasemos por ello, pero aplicando el pañuelo perfumado al órgano del olfato.

«¿Y aquella casa de enfrente, donde se albergan centenares de personas en reducidas habitaciones, sin sol (aunque con moscas), sin aire, sin más respiración que la estrecha puerta de entrada que da al corredor y que ni aun puede tenerse abierta porque el cuarto que hay tras ella es a la vez cocina, comedor, gabinete, sala, alcoba y enfermería?

«No digo nada, señora Higiene, si se dignase usted hacer una visita, aunque fuese de cumplido, a algunos establecimientos, situados no pocos en calles principales de la Corte, donde se compran ropas usadas, jergones y mantas que han tenido acaso un uso que no hace al caso, y donde se hacinan hasta el techo trapos que no quiero *sacar a la colada* porque no fué nunca ese su destino. Me parece que allí no estaría de sobra su presencia.

«Tampoco perdería usted nada recorriendo las pagodas consagradas al culto de Baco, y analizando, con el concurso del Sr. Garagarza, los líquidos que se emplean para las libaciones y cuyos principios componentes, si pudieran hablar, protestarían contra todo parentesco con los Parras, Sarmientos, Vides, etc., etc.

«Pues, en ciertos géneros que hemos dado en llamar comestibles, sin duda por corrupción de lenguaje (*come astillas*), que se dan en algunas tiendas y puestos foráneos a cambio de dinero (parece mentira), ¿no podría usted, señora Higiene, entretener sus ocios y aplicar sus preceptos con más provecho de la salud pública que en mi modesta vivienda...?»

«Pero... ahora caigo en que tengo apagada la linterna, como el mono de la fábula, y que podría haberme aborrido toda esta palabrería sabiendo que posee usted el don de ubicuidad, y que mientras se ensaña con mis aficiones anticalóricas, no descuida para el resto de los madrileños sus prescripciones anticoléricas.

Volvamos atrás.

Recuerdo que antes de dejarme deslizar por el plano inclinado de esta digresión, estuve haciendo equilibrios sobre el termómetro, y dije que este año

tenemos menos defensa contra el calor que en años anteriores; porque el rigorismo higiénico nos sequestra la mayor parte de los procedimientos refrigerantes.

Nada de baños... Cuando más, pueden ustedes bañarse en agua de rosas al ver que, á Dios gracias, la epidemia no se ha desarrollado en Madrid con la pavorosa intensidad que en otras poblaciones.

Nada de aligerarse de ropa, porque si se suprime la traspiración cutánea y sobreviene un enfriamiento y tras éste sobreviene el médico, les pondrá á ustedes de ropa de pascua.

Nada de sentarse en el Prado, ni en el Retiro, ni siquiera en el balcón de su casa durante la noche, porque produce los mismos efectos que el desabrigo.

Nada de agua de nieve, ni siquiera durante las comidas; nada de enfriar el vino con hielo artificial, aunque sea del Lozoya (no el vino, sino el hielo); nada de *champagne frapé*, aunque sólo esté *frapeado* nominalmente; nada de sorbetes, ni de quesos helados...

«Esto ya es el colmo de la prohibición,—me decía hace pocos días una señora muy aficionada á los helados;—el mayor sacrificio que hago en aras de esa implacable Higiene es privarme de mi sorbete de flor de limón después de la comida.»

Hizo la casualidad que ayer me encontrase en su casa á la hora de comer, y no pude ocultar mi asombro al ver que, después del asado, se le servía un sorbete monumental. «No se escandalice usted, me dijo; este sorbete es una de tantas ilusiones de la vida; hago que me sirvan el chantilly en vaso y con copete, y así me engaño á mí misma... Debilidades del sexo.»

A propósito de calor y de Chantilly: he leído que en la población de este nombre (Francia), ha helado algunas noches. Ahora me explico mejor el capricho de la señora á quien aludo más arriba.

Grandes deseos tengo de encabezar una de mis revistas con estas ó parecidas frases:

«Los fríos de Madrid son insoportables; anoche se heló la tinta en mi despacho; no hay chimenea, ni bata de abrigo, ni peluca tupida que basten á conservar el calor animal. Nada digo del calor de la inteligencia, porque corre parejas con el del cuerpo; hoy, sin ir más lejos, tenía tres ó cuatro ideas calentitas para obsequiar con ellas á mis lectores, y se me han helado al trasladarlas de la imaginación al papel.»

Y digo que tengo gana de que vengan los fríos, porque para entonces, Dios mediante, nos veremos libres de la epidemia que hoy nos aflige y nos preocupa y no nos deja pensar en otra cosa.

En los momentos en que hilvano estos descoloridos párrafos (oficio al que, dicho sea entre paréntesis, me acomodo con dificultad), las observaciones de los hombres peritos en la ciencia y que juzgan con frialdad la marcha del cólera, señalan un marcado descenso en su intensidad y permiten acariciar la consoladora esperanza de que en no largo plazo se normalice la situación sanitaria en nuestra desventurada patria.

Nuestro carácter impresionable nos lleva en esto, como en todo, á las más lastimosas exageraciones por lo que toca á la estadística colérica en Madrid. El vulgo no se conforma nunca con la canturía prosaica de la realidad y quiere á todo trance peteneras y *cante flamenco* de fantasmagoría. Hace dos meses ese mismo vulgo desmentía, con frases tan enérgicas como pintorescas, la existencia del cólera en la capital, á pesar de las declaraciones de los médicos y de los partes de la *Gaceta*. Pues bien; ahora que ya no puede menos de reconocer la presencia de la enfermedad entre nosotros, se venga de su propia terquedad de entonces, diciendo que el Gobierno oculta la verdad, y que el número de atacados y de muertos es superlativamente mayor que el que se declara en los periódicos oficiales.

El vulgo se equivoca en esto, como se equivoca en todo: el Gobierno no tiene interés alguno en ocultar hoy la verdad, como no le tenía hace dos meses en faltar á la verdad, respecto al estado sanitario de Madrid. Puede concederse que dejen de figurar en la estadística oficial algunos casos de invasión ocultados por las familias, que no serán muchos; pero lo que no puede recusarse racionalmente es la cifra de los cadáveres que son inhumados cada día en los cementerios de la Corte, y esta cifra dice á todo el que tenga sentido común que la epidemia

no ha adquirido aquí proporciones alarmantes, por fortuna nuestra, y que ni los médicos ni las autoridades necesitan ocultar ni abultar lo que está al alcance de todo el mundo.

Aunque son pocas las distracciones que la corona-da Villa ofrece á sus habitantes en la estación estival, acude á ellas con avidez la gente, deseosa de dar un poco de aire fresco á los pulmones y algún solaz al ánimo, de continuo preocupado por nada agradables pensamientos.

Los dos circos ecuestres, en competencia por atraer cada cual el mayor número posible de espectadores; el teatro de la Alhambra; los teatritos de Recoletos y de Felipe, y los Jardines del Buen Retiro, especialmente en las noches de concierto, se ven bastante animados, y á mayor abundamiento, acaba de abrir sus puertas el teatro del Príncipe Alfonso, que reúne excelentes condiciones de comodidad y ventilación para esta época del año. Los niños se deleitan, en las horas más adecuadas para ellos, con las representaciones de los *fantoques* en el Retiro y de los *polichinelas* en el teatro Guignol. Y yo que alguna vez he concurrido á estos espectáculos infantiles (sin duda por aquello de que los extremos se tocan), no tengo reparo en confesar que me he divertido más en estas barracas de Momo que en muchísimos de los que pretenciosamente se llaman templos de Talía y santuarios del arte.

Pero el que quiera sacar las cuentas de su solaz y esparcimiento por esta aritmética infantil, debe empezar por alterar el orden de factores, es decir, debe hacer de los espectadores el espectáculo, colocándose de espaldas al escenario. Si después de pasar cinco minutos observando en aquellas sonrosadas fisonomías la expresión de los múltiples sentimientos que agitan el ánimo de los pequeños concurrentes, no se siente conmovido y hasta identificado con aquella expansiva alegría, con aquella bulliciosa algazara, con aquellas exclamaciones de sorpresa, con aquellos gritos de entusiasmo, con aquellas francas carcajadas, con aquellos lagrimones que el exceso mismo de la risa hace rodar por las frescas mejillas de los angelicales espectadores... es que no ha tenido hijos ni merece tenerlos.

No sé por qué, al hablar de los niños, me ha venido á la memoria una noticia que leí pocos días ha en un periódico. Un propietario de las Baleares notó que los chiclelos le comían una parte del fruto de las higueras que cultivaba, y se le ocurrió la idea de envenenar los higos para escarmiento de los golosos raterillos. El resultado fué que éstos sufrieron fuertes cólicos, y no se dice si más graves consecuencias. No se concibe semejante acto de perversidad, á no estar atenuado por alguna perturbación de las facultades intelectuales.

Tampoco es de los que pueden calificarse fácilmente el que han consumado en una población (cuyo nombre no puedo recordar en este momento) algunos amotinados, en la persona del alcalde, al regresar éste á la localidad que días antes había, dicen, abandonado por temor á la epidemia. Se trató de impedirle la entrada, insistió el alcalde en pasar adelante, y el conflicto quedó terminado en breve por la mediación de dos balazos que dejaron muerto en el acto al representante de la autoridad local.

Han vuelto á sentirse temblores de tierra en Málaga.

Han vuelto á sentirse contusiones y porrazos en corridas de novillos.

Han vuelto á sentirse hambres en varias localidades, y han muerto de inanición varias personas en Arenas (Málaga).

Han vuelto á encenderse en Madrid los faroles de gas que se había mandado apagar á ciertas horas de la noche.

Han vuelto á caer aerolitos en algunas comarcas donde ya había caído granizo en abundancia.

Ha vuelto á castigarse, con arreglo á la ley, á algunos blasfemos en público; cosa rara (no que en público se blasfeme, sino que se castigue).

Ha vuelto algún periódico á ridiculizar y zaherir á la autoridad que impuso aquel castigo; cosa muy natural.

Han vuelto á cometerse asesinatos, robos, incendios, estafas, etc., etc., en Madrid y en toda la Península é islas adyacentes...

Ya ven ustedes cómo siguen las cosas en el mismo ser y estado en que las dejé en mi última revista.

De otras pequeñas infracciones de los preceptos del Decálogo y de las leyes comunes no quiero hablar, porque tendría que irme demasiado lejos.

Sólo diré de pasada que á unas señoras españolas llamadas Carolinas, que viven algo distantes de la casa paterna, les ha salido un *protector* que ha hecho un largo viaje desde Alemania, sólo por tener el gusto de ponerse á sus órdenes y ofrecerles un traje pardo, blanco y rojo, adornado con una cruz de Malta, sobre la que campea un águila rampante que no hay más que ver.

Las niñas no se muestran muy contentas con estos trajes y aquellas protecciones. Por su parte, el desinteresado *protector* alega que aquellas señoritas Carolinas proceden de la Inclusa, y por tanto, que pueden y deben ser prohibidas *à fortiori*.

Lo bueno es que las chicas tienen padres legítimos, españoles de pura raza, que, como es natural, rechazan honradamente la protección del alemán, y no quieren que vistan sus hijas sino de encarnado y amarillo, que son los colores que les recomendaron sus abuelos: ni el color azul, ni el color blanco, ni el color bismarck sientan bien á las muchachas españolas.

Veremos en qué para este litigio.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



UNQUE la cuestión ha sido promovida por Alemania, como se refiere á España, no es este el lugar propio para tratar del conflicto relativo al dominio de las Carolinas. Se trata de un grave litigio de política internacional, y nosotros no somos llamados á dar dictamen; lo único que debemos hacer, como buenos españoles, es pedir al cielo que ilumine á los que han de ventilarlo.

Si Alemania, en uso del derecho del más fuerte se ha apoderado de una parte de nuestro territorio, conviene que España, á pesar de su debilidad actual, proteste con noble energía contra la conculcación de sus derechos para dejar á salvo su honra, que no es menor que otra alguna, aunque no pueda defenderse con ejércitos formidables, ni con mayor suma de dinero.

Por más que el hecho tiene muchos precedentes, nunca está mal el consignarlo. Un periódico italiano se lamenta de que el producto de los bienes eclesiásticos vendidos por el Gobierno, en nada han aliviado de sus cargas el presupuesto de la nación; y cuenta que el producto total de la venta se eleva hasta fin de Julio último á la respetable suma siguiente: 586.145.000 pesetas.

Tan enorme cantidad se ha filtrado por las arcas del Tesoro público.

En cambio estas ventas representan la ruina de las grandes instituciones de Beneficencia, y sobre todo aquellas que, debidas á la caridad inagotable de los Papas, se habían constituido en Roma. Quince años han bastado á los modernos espoliadores para disipar tesoros enormes acumulados en favor de los pobres y de los desgraciados en el vasto hospital del Espíritu Santo y en el Banco de depósitos del mismo nombre. La noticia oficial en que se da cuenta de la ruina que ha alcanzado esta admirable institución, se debe á uno de los Rectores actuales, el caballero Silvestrelli.

Dice este señor, que la renta de un millón y ciento treinta y tres mil seiscientos setenta y ocho francos, se encuentra hoy reducida á 64.018 francos. Dicha enorme baja apenas creíble, previene en parte, según refiere Silvestrelli, de la quiebra de un Banco. Durante mucho tiempo, tan enorme déficit ha podido pasar inadvertido á causa de la aparente regularidad de las cuentas, mas al fin se ha descubierto y no ha sido posible ocultar el verdadero estado de las cosas.

Así el hospital y el Banco se hallan en plena bancarrota, porque con los 64.018 que restan disponibles no hay rentas suficientes para recoger los niños abandonados, ni para la asistencia de los enfermos en el hospital.

De estas hazañas ha hecho muchas la revolución.

Para consuelo de los romanos, el Papa, aunque despojado de su patrimonio y preso en el Vaticano, procura reparar estas pérdidas, y de ello es magnífica muestra el hospital-lazareto de Santa Marta, de que nos daba noticia ha pocos días nuestro correspondiente en la Ciudad Eterna.

El Papa pobre hace más por los romanos que el Gobierno del Quirinal, rico con el producto de sus espoliaciones.

¡No está mal escogida en estos tiempos la *capital* de la *Nueva Italia* para reunión de un Congreso antropológico criminalista!

En la exposición que se abrirá al mismo tiempo que se inaugure el Congreso, figurarán más de 700 cráneos y 300 fotografías de criminales, entre las cuales hay un álbum criminalista alemán, con curiosas noticias.

Habrán más de 150 cerebros preparados por medio de un sistema novísimo, un millar de autógrafos, poemas, dibujos é instrumentos especiales hechos por criminales; un álbum que contendrá más de 700 indicaciones físicas y morales, sobre 300 criminales y sobre 300 hombres sanos.

Se expondrán mapas sobre la criminalidad en Europa, con relación á la meteorología, á la alimentación, á las instituciones, al suicidio, etc.

M. Lacassagne presentará cuadros sinópticos sobre la estatura de los criminales, sobre la extensión de sus brazos y sobre la criminalidad de las ciudades, comparada con la del campo.

Todas las notabilidades de la antropología criminalista tomarán parte en el Congreso.

Por mucho que estudien y discutan los criminalistas reunidos en Roma, no lograrán evitar que á la sombra de la impiedad se desarrolle y fructifique la semilla de todos los crímenes.

Por interés y conveniencia social trátase en Alemania de obligar á todos los individuos del Imperio á la observancia del domingo.

Al efecto se va á proceder á una investigación general sobre el reposo del domingo, la cual tendrá casi el carácter de un plebiscito. La comisión encargada de dicha investigación interrogará, no solamente á los patronos, sino también á los obreros, pues es muy importante saber si es favorable la actitud de éstos, á la obligación del descanso dominical. Se sabe que la información ha sido decretada en vista de las numerosas peticiones firmadas por millares de obreros, los cuales piden todos el descanso del domingo.

Y no son únicamente los católicos, sino también los protestantes quienes reconocen la necesidad de una ley especial para obligar á todos los individuos del Imperio á la observancia del domingo.

En los países en que las leyes imponen el descanso del domingo, el Gobierno alemán las hará observar rigurosamente. Es un espectáculo edificante el de ciertas ciudades del Rhin, donde el domingo todos los bazares se cierran, so pena de contravenir á la policía.

Y aquí, ¿cómo se observa el precepto del descanso dominical?

El telégrafo sigue dándonos noticias, ora tranquilizadoras, ora alarmantes, acerca del conflicto anglo-ruso.

Según se han puesto las cosas, el verdadero peligro para la paz, el verdadero conflicto estriba en la prolongación del estado actual de las negociaciones demorando indefinidamente la solución del problema.

El *Standart* publica un telegrama en el que se indica, que en Maruchak ha ocurrido un conflicto entre fuerzas rusas y afganas, y aun cuando otro telegrama de Londres dice que el Gobierno no ha recibido noticia oficial de este hecho, es muy probable que, si no ha ocurrido ya, ocurra en breve.

La prevención con que ambos ejércitos se contemplan, la desconfianza que demuestran y el deseo que en ambos campos se observa por ocupar aquellas posiciones estratégicas, que llegado el caso de un rompimiento de hostilidades pueda proporcionarles alguna ventaja, prueban claramente que la situación es sumamente violenta y que no puede prolongarse más. Si esto sucede, el menor incidente de esos tan frecuentes en la guerra, cuya facilidad aumenta con la proximidad de los beligerantes, puede ocasionar otro suceso como el de Penjdeh, si no se ha reproducido ya en Maruchak, como hemos indicado.

En este caso, las dificultades para la terminación pacífica del conflicto afgano aumentarán en una proporción infinitamente mayor que las que hasta aquí han existido.

El telégrafo decía hace pocos días que la guerra estallará en la primavera próxima.

Dios quiera que lleguemos á ella, veremos lo que pasa y cómo se cumplen las predicciones de la diplomacia.

El Gobierno italiano no escarmienta con el fracaso de su expedición á Merivau y parece dispuesto á caer de nuevo en las redes de la diplomacia inglesa.

Según noticias de Londres, se confirma el rumor de que el marqués de Salisbury debe tener próxi-

mamente una entrevista con el señor Depretis en Contrexeville.

El objeto de la conferencia será convenir en una alianza anglo-italiana para resolver la cuestión del Sudán.

El Gobierno italiano se muestra dispuesto á poner en campaña en el próximo invierno un ejército á condición de que Inglaterra le ceda toda la parte oriental del Sudán con el puerto de Suakim, así como la cuenca del Alto Nilo hasta la confluencia del Bar-el-Gebel y del Bar-el-Ghazal.

Esto es lo único que le faltaba á Italia; meterse á colonizadora en Africa, ó más bien sacarle á Inglaterra las castañas sudanesas del fuego de la insurrección para quemarse las uñas.

La entrevista de los emperadores de Rusia y Austria se celebrará un día de estos, tal vez el 24, en Kremsier.

Hay preparado alojamiento para doscientas personas y 150 caballos. El Príncipe heredero Rodolfo y la Princesa Estéfana asistirán á la entrevista, así como los dos ministros de negocios extranjeros de Austria-Hungría y de Rusia, el conde Kalnoki y Mons. de Giers.

También se habla de una próxima entrevista entre Mons. Bismarck y Mons. de Giers.

Quiera Dios que de estas entrevistas resulte algo bueno para la paz y prosperidad de los pueblos cristianos.

La reforma de la ley electoral en Inglaterra, dando mayor extensión al sufragio, ofrece algunas ventajas á los católicos, que se proponen luchar en las próximas elecciones. Es casi seguro que hasta en la misma capital, en Londres, se presentarán cuatro candidatos.

Con este motivo el Obispo católico de Nottingham ha dirigido una carta á sus diocesanos, donde expone todo un plan de organización y campaña para los católicos militantes. Esta carta ha producido honda emoción en Londres, pues demuestra que los católicos poseen hoy una fuerza social en Inglaterra, que hace un siglo hubiera parecido imposible.

En cambio los protestantes, como tales protestantes, son una fuerza aniquiladora por las divisiones y el ateísmo.

Hemos visto una carta de un católico de Berlín que nos ha causado profunda pena. Baste decir á nuestros lectores, que siendo los católicos de aquella capital, según la última estadística, 83.000 con cuatro parroquias, los sacerdotes son diecisiete. Este es el fruto de las famosas leyes de Mayo contra la Iglesia.

Destruir la jerarquía eclesiástica é impedir que se formen sacerdotes en los Seminarios, es herir de muerte á la comunidad cristiana.

Así lo comprendió Bismarck al decretar aquellas tiránicas leyes, que aunque mitigadas hoy y casi derogadas, han dado, como decimos, sus naturales frutos.

En cambio nos ha servido de consuelo un artículo de un diario de París, refiriendo la actividad que se observa en aquella capital en todas las obras católicas.

Según dicen, favorece algunas un Banco católico inglés, al frente del cual está un lord convertido, de mucho caudal. La *Milicia de Jesucristo* es un centro de obras. Procura congrega á los directores de las mismas para impedir la rivalidad de varias semejantes. Se ha fundado una sociedad en las parroquias, para unir á los comerciantes católicos en la conveniente aplicación de los propios principios, y para establecer una recíproca publicidad. Fúndase otra para que los pobres puedan ser enterrados convenientemente. Otra tiene por objeto promover la estampación de las imágenes religiosas.

Sería necesario un libro para consignar el catálogo completo de estas obras, algunas tan ingeniosas como prácticas, que procuran remediar los hondos males de la sociedad presente.

En Baviera embarga la atención general el estado del Rey, que está á punto de ser provisto de un curador. Luis II de Wittelsbach, que nació en 1845 y sucedió á su padre en 1864, heredó de su abuelo el amor á las ciencias y á las letras. Admira las bellas artes, la poesía, y sobre todo la música. Gasta cantidades enormes en obras artísticas de toda especie, con tal que sean preciosas y costosísimas. La situación de su lista civil es desesperada por consiguiente, y aumenta el déficit, ya espantoso.

Una parte de la prensa discute la deposición del

Rey y el establecimiento eventual de una regencia. La Constitución de Baviera tiene un artículo que sirve de apoyo para esto. Sobre la persona del futuro Regente no hay duda. El Rey no ha contraído matrimonio. Su hermano está demente. Su tío el Príncipe Leopoldo es viejo, y renunciará espontáneamente a favor de su hijo Luis, Príncipe riquísimo, de costumbres sencillísimas.

Los males del Perú parecen no tener término.

Ahora arde allí la guerra civil. Un despacho de Lima dice que las tropas del Gobierno han sido completamente derrotadas por los insurrectos en Causa, y que el general Bustamante, viendo perdida la batalla, se ha suicidado.

Quiera Dios apiadarse de este desgaciado país, desgarrado por toda clase de guerras.

x.

CARTA DE ROMA

Roma 17 de Agosto de 1885.

AYER, con motivo de celebrarse la fiesta de San Joaquín, onomástico de Su Santidad, numerosas representaciones de la Prelatura y de la aristocracia romana se dieron cita en el Vaticano para ofrecer al Padre Santo el homenaje de sus respetuosas felicitaciones. La recepción tuvo lugar en la sala del Trono, pasando luego Su Santidad a la Biblioteca particular, donde le aguardaban los Cardenales presentes en Roma, ansiosos de felicitar al sapientísimo Pontífice en un día tan solemne. Después de agradecer al Sacro Colegio los sentimientos de amor y firme adhesión, que quiso reiterarle por labios de su dignísimo Decano, el Padre Santo invitó a los Emmos. Cardenales a tomar asiento a sus lados, y autorizó la admisión en la misma sala de los Prelados y de otras contadísimas personas. Este rasgo de inesperada bondad me permite confirmar como testigo ocular la suma amabilidad con que León XIII recibe a sus hijos y la sabiduría que resplandece siempre en sus discursos, aun los más íntimos y familiares.

No me anima el propósito de indicar todos los asuntos de aquella conversación, ó *círculo* como aquí se llama: generalmente el Papa empieza por dirigirse a los Cardenales, y con sus preguntas y elogios les proporciona la ocasión de hablar sobre determinadas materias; no es raro entran a terciar en la discusión algunos Prelados, pero éstos para hacerlo se ponen de pies. Ayer lo que más preocupaba a Su Santidad era la demolición de iglesias y conventos que sigue haciendo aquí mismo la piqueta de la revolución italiana. No ha mucho, el Ministerio de la Guerra se había apoderado del antiguo monasterio de Santa Marta en la plaza del Colegio Romano transformándole en cuartel; pero ahora quiere ensanchar éste, y acaba al efecto de ocupar también el convento y la iglesia de San Esteban del Cacco: el convento no tenía mucha importancia porque era bastante reducido el número de los Padres silvestrinos que allí vivían, pero la iglesia, además de estar en un punto muy céntrico y por consiguiente de suma utilidad para las necesidades del culto católico, era muy bonita y apreciada por magníficos frescos de Pierin del Vaga y de otros célebres artistas: recientemente la cofradía de los comerciantes, que en tiempos mejores se reunía allí todos los domingos, encargó la restauración de la capilla de su propiedad al afamado pintor Mariani; ¡Dios quiera se ponga en salvo el bonito lienzo de San Mateo, que era la joya más preciosa de dicha capilla é iglesia...! Aun prescindiendo de lo mucho que hiere a los sentimientos religiosos y artísticos de los romanos la demolición de la iglesia de San Esteban, no parece tampoco enaminada al fin que se ha fijado el Ministerio de la Guerra, pues la primera condición de un cuartel es la de ser muy ventilado, para impedir con abundancia de aire los perjuicios que puede llevar consigo la aglomeración de gente, pero esto ha de ser de todo punto imposible en el futuro cuartel, que tropieza necesariamente con monumentos tan altos é inmediatos como la iglesia del Gesù, el palacio Doria y el Colegio Romano.

En el *círculo* del Papa se ha lamentado mucho la nueva demolición que acabo de indicar, y me parece que no ha servido de bastante consuelo la esperanza de que tenga buen éxito el *Voto nacional al Sagrado Corazón de Jesús en Roma*. Se ha dado este título al proyecto ideado por un joven patricio de Turín, y encarecidamente elogiado por el Eminentísimo Sr. Cardenal Alimonda en su reciente Pastoral, de que los católicos de Italia concurren con sus ofrendas a la erección de la fachada del

nuevo templo dedicado al Sagrado Corazón, que en su inagotable generosidad se había propuesto costear el mismo Padre Santo antes de que las circunstancias le obligaran a gastar un millón de pesetas para el hospital de coléricos en las cercanías del Vaticano. Afortunadamente, la propuesta ha sido bien recibida, y parece tener buen resultado; pero a ello y a mucho más son acreedores los continuos desvelos de Su Santidad para todo el mundo, y en particular para su predilecta ciudad de Roma. Ayer mismo hablaba con sumo interés de las obras que se están ejecutando en la basílica de San Juan de Letrán, complaciéndose en la esperanza, que funda en análogas promesas de los arquitectos, de que todas las obras de la grandiosa restauración del ábside lateranense serán acabadas para el mes de Junio del año próximo; pero ¿quién podía suponer que León XIII ya tenía resuelto emprender otras obras en la misma basílica lateranense tan pronto como queden ultimadas las que ahora corren a su cargo...? Sin embargo, así lo manifestó ayer a los Cardenales, indicando que la restauración de la bóveda de San Juan será nuevo testimonio de su interés para la Iglesia *caput urbis et orbis*.

Me he propuesto no hablar de cuanto se ha dicho en el *círculo* de ayer, pero... mi pluma no es un modelo de obediencia: ruego se lo perdone su extravío, en vista de la satisfacción que puede causar a muchos lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

J. M.

LOS GRABADOS

EL VERANO: ALEGORÍA DE EDWARD.

Los que vivimos en estas grandes ciudades apenas sabemos apreciar las incomparables bellezas del campo. Por eso no es extraño que nos agrade más el invierno con sus largas noches, tan propias para los espectáculos teatrales y los "placeres de sociedad," que el verano, en que la naturaleza se anima bajo los brillantes rayos del encendido sol que todo lo fecunda.

Sin embargo, el verano es una estación hermosa, mientras que el triste invierno, con sus nieves y hielos, es la muerte de la naturaleza. Un ameno escritor, tratando de esto mismo, ha dicho lo siguiente:

"El buen tiempo llama al labrador a esta época en que recoge el sazonado fruto de sus afanes; y aunque los poetas no digan de ella tanto y tan bien como de la primavera, hay que convenir, tratándose de la mayor parte de Europa, y hasta de España, que es la estación más hermosa y más igual del año."

"Desde Madrid hacia el Norte, el verano es un período de tres meses, en verdad privilegiado; estación de placeres y expansiones, de goces dulcísimos que brindan a la vida con apacibles noches de estrellado cielo y puro ambiente, en que el céfiro, tipo perfecto de murmuradores, mueve dulcemente las hojas en la ramada espesa; y el aroma que exhalan flores y plantas humedecidas de bienhechor rocío, satura la atmósfera; y el ruiseñor enamorado hace oír sus trinos más dulces, y la cigarra distrae con su voz las ásperas faenas de la hormiga codiciosa del fabulista, para que ésta le satisfaga después con ingratitude digna del hombre."

La alegoría que insertamos hoy en la página 277 de este número, no habría menester llevar al pie ningún epígrafe; de tal modo ha sabido reunir el artista atributos que son peculiares a esta estación del año, y de tal manera y con una forma tan agradable y caprichosa ha tenido el talento de combinarlos. Hay allí diaphanidad y brillantez a un tiempo: exuberancia de vida y dulzura de tonos; el arte, inspirándose en la verdad directamente, le rinde un hermoso tributo en esta producción, pagando así los dones admirables con que la naturaleza le brinda solícita y generosa.

EL CASTILLO DE CHILLÓN EN SUIZA.

A 8 kilómetros SE. de Vevay, en el cantón de Vaud, alzáse sobre una roca en el lago de Lemán el célebre castillo de Chillón, edificado en el siglo XIII por un conde de Saboya. Lor Byron ha dado gran celebridad a este castillo dedicándole nada menos que un poema. Por largos años sirvió Chillón para prisión de Estado, y allí estuvo encerrado, entre otros personajes, Bousvard desde 1530 a 1536. Hoy está sirviendo de arsenal, pero más que nada es objeto de la curiosidad de los turistas que lo visitan y se recrean con sus incomparables panoramas.

LA CARIDAD CRISTIANA EN ACCIÓN

Dibujo del Sr. Amat.

En una serie bien combinada de cuadros ha representado nuestro dibujante la parte que toma en la actual epidemia colérica la caridad cristiana. Prelados, Párrocos, Hermanos de la Caridad, simples fieles, acuden movidos del mismo impulso a prestar sus auxilios a los pobres enfermos; y cada cual, según su posición y su jerarquía, ejerce aquellas obras de caridad que las presentes circunstancias exigen.

El Prelado visitando a los coléricos para animarlos con su presencia y fortalecerlos con su bendición, el Párroco administrando los Sacramentos de la Iglesia, la Hermana

de la Caridad acudiendo a los puntos infestados y prodigando sus cuidados con la solicitud de una madre, los fieles elevando preces al cielo, ora en piadosas rogativas, ora en devotas novenas a los santos abogados contra la peste, todos cooperan a la misma obra de caridad, inspirándose en el amor de Jesucristo, que dió su vida para salvarnos.

La Religión es la única defensa contra calamidades como la que hoy nos aflige; ella suscita para cada necesidad un remedio, para cada queja un consuelo, para cada pérdida una reparación, para cada herida un bálsamo saludable.

Por eso hemos querido recoger en una lámina la parte que la Religión toma en esta calamidad que tenemos encima; y aunque no se haya representado todo, por lo menos nuestro grabado es un ejemplo vivo de la eficacia de la caridad cristiana en las desdichas de los individuos y de los pueblos.

¡Bendita Religión que así acude a remediar y curar nuestros males, ora con los recursos de la tierra, ora con los auxilios sobrenaturales del cielo!

LANUREC, ISLA DE LAS CAROLINAS, DONDE SE IZÓ PRIMERO LA BANDERA ESPAÑOLA

Las Carolinas, ó Nuevas Filipinas, que con ambas denominaciones, igualmente españolas, son conocidas, forman un grupo de 500 islas en la Polinesia, al S. de las Marianas y al E. de las islas Pelew. Su clima es dulce, el suelo fértil, y sus habitantes, parecidos a los filipinos, son de color cobrizo muy subido. Cada isla tiene su jefe particular, y todos estos jefes obedecen a un rey que reside en Lanurec, isla que conserva ruinas de antiguas fortificaciones.

Fueron descubiertas en el siglo XVI; pero no recibieron el nombre de Carolinas hasta Carlos II. Los españoles enviaron allí misioneros, y estábamos en pacífica posesión de estas islas cuando Alemania les ha echado la garra, apoderándose de Yap. La población de las 500 islas no llegará a 100.000 habitantes.

CASUALIDADES

POCAS palabras hay que más se empleen en el lenguaje vulgar y de que más se abuse, sin embargo, que la de la casualidad.

Basta para conocerlo así reflexionar un poco con espíritu elevado sobre las causas de todo lo que ocurre en el mundo.

En efecto; si encontramos a un amigo que no salva en el momento crítico de tomar una resolución dolorosa, decimos que el encuentro ha sido una feliz casualidad.

Si la bala de un revólver puesto en mano inexperta de quien lo cree descargado hiere ó mata a otro, exclamamos con dolor: «¡Qué funesta casualidad!»

Casualidad vulgar es el que veamos a una persona cuando pensamos en ella, ó el que encontremos un objeto perdido en sitio distinto del que examinamos; como casualidad calificamos los recuerdos inesperados que asaltan a una flaca memoria; serie de casualidades son ó nos parecen las coincidencias de lo que no se espera; y en todo estamos siempre invocando la casualidad cual mitológico dios de la antigüedad pagana cuando creaba dioses a gusto y servicio de todos.

Pero analizando bien esta palabra, veamos qué significa literalmente considerada y también profundizando su esencia y su verdadero sentido.

Acontecimiento impensado es la definición que le da la Academia de la lengua, y parécenos, con permiso de la sabia corporación de la calle de Valverde, que estaría mejor definida: «*Coincidencia inesperada de dos acontecimientos*», porque en efecto se necesitan dos para que exista según el objeto para que se emplea.

Esta es la definición gramatical; pero pensando con criterio más profundo, ¿qué son esas coincidencias casuales que hallamos a cada paso y que admitimos como una corriente sin más emoción que la de una pequeña sorpresa? ¿Es la casualidad algún fatalismo ciego, influyendo necesariamente en nuestro destino, ó es una vulgaridad sin consecuencia que no merece ni examinarse en lo que representa ni apreciarse en lo que vale?

¡Ah! Sucede en esto lo que en tantas otras cosas de la vida. El hombre, gran pensador, perfectible y aspirando a la perfección, siempre ambicioso y con éxito de todos los progresos grandes y aparatosos, desdeña con censurable desdén las pequeñeces de la vida, ó que le parecen tales porque no se fija en lo que de grande encierran realmente.

La causa de esta contradicción es bien conocida; vivimos más del mundo exterior de la materia que del interior del espíritu; aceptamos lo que nos entretiene y enloquece, lo que nos da goce ó pena, pero no profundizamos la causa primordial de todo; sin quererlo, sin renegar en principio de las ideas espiritualistas y religiosas, las dejamos sólo para las grandes crisis de la vida; y en lo demás somos, sin

querer serlo, una especie de inconscientes materialistas. Así se explica el uso que hacemos de la palabra *casualidad* y cómo atribuímos á su misteriosa influencia los sucesos humanos, suponiendo siempre coincidencias casuales en vez de proclamar en todo y para todo la mano poderosa de la Providencia.

Si reconocemos, como debemos reconocer, que su sabiduría lo dirige todo, desde el movimiento de la hoja del árbol, agitada por la brisa, hasta la marcha majestuosa de los astros que forman el universo sideral, ¿cómo admitimos tan fácilmente ese fantasma de las casualidades, cual si la materia en sus desenvolvimientos y la vida moral en sus manifestaciones obrasen por virtud propia y no fuesen efectos de una Omnipotencia que á todo atiende y á la que todo está sometido?

No existe, pues, realmente ese mito de la casualidad que á cada momento proclamamos con cándida ignorancia. No hay casualidades: lo que tal parece son providencias de Dios. Y esto, además de ser sublime y razonable, es tierno y consolador en extremo. La idea de que debamos lo bueno y lo malo que nos ocurra á un fantasma inconcebible que llamamos casualidad, deja al alma fría, quitándole lo mismo las dulzuras de la gratitud cuando el acontecimiento es un beneficio, que los consuelos de la resignación religiosa cuando nos trae la desgracia. Entre aceptar un destino fatal ó una paternal Providencia, ¿puede ser dudosa la elección?

Ejemplos de la verdad de estas ideas los tenemos á cada paso en todas las situaciones de la vida; y sin necesidad de atribuir siempre todo lo extraordinario á verdaderos milagros, porque Dios, poderoso para alterar, como suyas, las leyes de la naturaleza, no lo ha de hacer así á cada paso sólo por el gusto de cada uno, racional y sensato y cristiano es que veamos con los ojos del alma su mano benéfica en lo que nos parece fuera del orden regular, en vez de atribuirlo á una absurda casualidad.

Ya que escribimos para la ILUSTRACIÓN CATÓLICA (y no es poco atrevimiento tratándose de tan excelente Revista) tomemos un ejemplo del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, á que la Revista pertenece en el día.

Sabido es y admirado por todos, cómo se inició la idea de ese establecimiento, cómo se ha construido, cómo se sostiene y cómo se desarrolla su acción benéfica. *Charitas patiens est*, decía San Pablo, y las dignísimas señoras que están al frente del Asilo parecen haber adoptado por lema esta tierna máxima. Con santa paciencia, con perseverancia incansable, con labor, espíritu verdaderamente evangélico y católico, han ido pidiendo, arbitrando y recibiendo el céntimo, la peseta, el duro y los miles de duros que representa ese magnífico edificio donde se albergan y educan los huérfanos, y que demuestra de una manera gráfica y elocuente el poder de la caridad cuando es fervorosa y está bien dirigida.

Pero esa caridad tiene sus tropiezos y apuros. ¿Cómo no tenerlos, si el Asilo no cuenta con fincas ni rentas fijas y necesita diariamente una cantidad considerable para concluir las obras y para el mantenimiento de los huérfanos?

Esta lucha constante de una necesidad diaria y unos fondos eventuales é insuficientes, produce situaciones de gran conflicto y á veces también de sorprendente originalidad. En otros institutos ó establecimientos públicos ó privados, su administración, si es buena, ha de ser previsora, ha de ocuparse de lo futuro tanto ó más que de lo presente, y contar como base esencial con un presupuesto de gastos nivelado y asegurado con otro de ingresos fijos.

Nada ó casi nada de esto sucede ni puede suceder en el Asilo del Sagrado Corazón. Allí se vive al día; se cuenta con lo inesperado; con la caridad siempre eventual del público, y con la convicción piadosa de que si esa caridad puede algún día flaquear y faltar, no faltará ciertamente la protección divina. ¡Bendita y consoladora *fe*, que así infunde *esperanza* y así permite ejercer *caridad*!

Sería curioso coleccionar y publicar la crónica de esos conflictos de fondos y los arbitrios ingeniosos de las señoras para salir á su encuentro. A veces, sin embargo, todo su celo y su generosidad particular no bastan á remediar necesidades tan repetidas y con frecuencia perentorias.

Así sucedió hace poco tiempo. Agotada la casi siempre exhausta caja del establecimiento, á pesar de los adelantos y donativos de las mismas señoras, llegó un día en que el Hermano Director acudió á la Presidenta y con voz atribulada la manifestó que para las atenciones del día siguiente faltaban cincuenta pesetas y no sabía ya de dónde sacarlas. La Presidenta, acostumbrada á estos conflictos, empezó á pensar sobre el modo de subvenir á aquella obligación tan apremiante; pero poco tuvo que pensar. En breve volvió el Hermano y le dijo con semblante placentero que una persona caritativa acababa de

marcharse después de visitar el Asilo, y tan complacida debió quedar de cuanto vió, que había dejado una limosna de cincuenta pesetas.

¡Notable coincidencia! Se necesita perentoriamente esa cantidad, y esa misma cantidad llega en el momento oportuno por mano bienhechora. ¿Diremos que fué casualidad feliz? No; afuera esa palabra fatalista.

En los momentos precisos en que el Hermano afligido iba á participar el apuro, el bienhechor iba con sus cincuenta pesetas en el bolsillo y con su buena intención de darlas. ¿Eran automáticos, ó simplemente casuales ambos movimientos? Ciertamente que no: eran disposiciones consoladoras de Dios, que excitó la generosidad del bienhechor en el momento crítico de ser tan necesario.

La persona benéfica que fué instrumento de esa Providencia, no sabía la extensión y la oportunidad del bien que hacía, y sin embargo ejercía un ministerio bien importante. Si cualquiera se considera muy honrado cuando un rey ó un ministro le da una comisión cualquiera, ¿cuánto más debe estarlo el que obra pensando con piadosa y santa creencia que le inspira Dios y que hace caridad por encargo de su Providencia! ¿Qué goce y qué premio tan grande recibe con esa convicción y con las voces mudas de su conciencia satisfecha!

¿Lo dudáis lectoras y lectores queridos? ¿Me creéis soñador de ilusiones místicas? Pues á la prueba os emplazo. Imitad á ese desconocido de las cincuenta pesetas. Llegad con vuestro óbolo de caridad á la puerta de la santa casa de la calle de Claudio Coello; tal vez remediéis otro apuro, porque allí son frecuentes; tal vez diga el mundo que vuestro donativo es una casualidad afortunada; pero vosotros, pensando en el impulso interior que sentís para dar, juzgaréis de distinto modo, y vosotros y nosotros y todos diremos: «No hay casualidades, sino providencias divinas.»

ANTONIO GUEROLA.

DOS MÉTODOS CURATIVOS DEL CÓLERA EN EL SIGLO XVIII



ABIDO es por todos nuestros lectores que los RR. Padres misioneros que en todas épocas se dirigieron á evangelizar regiones desconocidas, no sólo daban cuenta á sus hermanos y superiores de los frutos evangélicos que obtenían, sino que cronistas fieles de cuanto les ocurría y amantes de las ciencias, las letras y las artes, también comunicaban las observaciones que su alta ilustración les dictaba referentes á todos los ramos del saber humano.

Uno de nuestros amigos, gran conocedor de la historia americana, que en lo antiguo se conocía en España por las Indias, ha hallado, en las cartas edificantes y curiosas de las misiones extranjeras, publicadas en Madrid en 1754, y en una carta del P. Martín, de la Compañía de Jesús en las Indias, dirigida al P. Villete, de la misma Compañía, entre otras cosas, una relación del método curativo de una enfermedad que, por sus síntomas, pudiera muy bien asimilarse al cólera morbo.

Sucedió un acaso á uno de los catequistas que el Padre había enviado al príncipe que nos puso en consternación. Había caminado en el mayor calor del día, y hallándose muy apretado de la sed, tuvo la indiscreción de beber sin tomar la precaución ordinaria. Al punto se halló acometido de una grande indigestión, que en las Indias llaman *mordechin*, y algunos franceses han llamado *muerte de perro*, imaginándose que tiene tal nombre porque causa una muerte violenta y cruel. En efecto, se hace sentir con los más agudos dolores, que violentan tanto á la naturaleza, que es raro el que no rinde, si no se valen de un remedio muy usado en la costa, pero menos practicado tierra adentro. Es tan eficaz, que de cien personas que padecen esta especie de *miserere*, apenas se encontrarán dos que no se libren de la muerte. Es el mal más frecuente en las Indias que en Europa: la continua disposición de los espíritus, causada por los ardores de un clima todo de fuego, debilita tanto el calor natural, que muchas veces no está el estómago capaz de hacer la cocción de los alimentos. El catequista, pues, reducido á no poderse menear, se detuvo en un pueblo, distante cosa de una legua de Aour, y nos envió aviso del triste estado en que se hallaba.

Nos llegó la noticia á las nueve de la noche, y partí al punto para socorrer al enfermo: le hallé tendido sobre la tierra casi sin conocimiento, y con las más violentas convulsiones. Todo el lugar se había juntado al rededor del paciente, y cada uno se empeñaba en administrarle diferentes medicinas, más propias para irritar el mal que para aliviarlo. Hice encender un gran fuego: tenía necesidad para

mi remedio de una barra de hierro, pero no pudiendo hallarla tomé una hoz, que sirve para segar el arroz y las hierbas. La hice encender bien en el fuego y mandé que, así encendida, se le aplicase por el reverso á la planta del pie, á tres dedos de la extremidad del talón; y para que no se engañasen en una operación que nunca habían visto hacer, formé con un carbón una raya negra en el paraje donde se había de aplicar el hierro hecho ascua. Lo aplicaron fuertemente contra el pellejo, que los negros tienen muy duro, hasta que llegó á lo vivo y lo sintió el enfermo. Lo que se hizo con un pie se practicó también con el otro, tomando la misma precaución y logrando el mismo suceso. Si sucede que se deja el enfermo quemar sin dar señal de dolor, el mal casi está sin remedio.

Acabada la operación, mandé traer un poco de sal hecha polvos: si no hay sal, puede servirse de cenizas calientes, y echándola sobre el arco que hizo el hierro, con la suela de sus zapatos hice que por algún tiempo le diesen golpes en los dos parajes lastimados. Los presentes no podían entender qué efecto tendría el remedio; pero con mucha admiración suya, en menos de medio cuarto de hora vieron al enfermo volver enteramente en sí, no tener más convulsiones y faltarle los otros síntomas mortales que antes había padecido. Quedábase solamente un gran cansancio y una sed ardiente. Mandé cocer un poco de agua con un poco de pimienta y cebolla y se lo dí á beber. Habiéndole después reconciliado, porque pocos días antes se había confesado, le dejé quieto y me volví á Aour. Desde el día siguiente se halló en estado de venirme á ver al mismo lugar y dar gracias á Dios por su recobrada salud.

Quizá no llevará V. R. á mal que refiera otro remedio, del cual no he hecho la experiencia, pero que me fué dado por un médico hábil venido de Europa, por nombre *Mancuchè*, y es veneciano. Vivió cuarenta años en la corte del gran Mogol, donde adquirió grande reputación. Me aseguró el mismo que su remedio es infalible contra todo género de dolores cólicos. Dice, pues, así: Se tomará un anillo de hierro de una pulgada y media de diámetro, poco más ó menos, y grueso á proporción; se hará ascua en el fuego y se pondrá al enfermo tendido de espaldas; luego se le aplicará el anillo sobre el ombligo, de manera que éste sirva como de centro al anillo. No tardará el enfermo de sentir su ardor, y prontamente se retirará el anillo. La repentina revolución que se hará en el vientre disipará en poco tiempo todos los dolores. Sale el médico por fiador del pronto efecto del remedio, y me asegura que con mucho suceso se ha servido siempre de él en las Indias.

Bien lejanos estamos de creer que los hombres de ciencia del día acepten como bueno el remedio que describe el P. Martín; pero nosotros al transcribirlo no nos guía otro móvil, que demostrar que la ciencia siempre ha sido amada por la Religión, y que los religiosos han sido los amantes más fieles y entusiastas de las letras, las ciencias y las artes.

LA BASÍLICA COMPOSTELANA

Y LAS PEREGRINACIONES Á SANTIAGO.

(Conclusión.)



ENTRETANTO el concurso de peregrinos había adquirido prodigioso incremento en los días gloriosos del inolvidable Gelmírez; y eran tantos los que siguieron viniendo en los siglos posteriores desde los últimos confines del mundo, y tal su impaciencia por acercarse al ara santa del Apóstol y postrarse ante su venerando sepulcro, *el más glorioso entre los sepulcros de los Santos de todas las naciones de la tierra*, según la frase de San Buenaventura, que las catorce puertas del recinto sagrado veíanse constantemente de día y de noche obstruidas, siendo por esta razón muy frecuentes los casos desgraciados, hasta el punto de haber tenido que acudir el Cabildo al Papa en súplica de que le concediese facultades para reconciliar la basílica, pues en muchas de aquellas circunstancias estaba ausente el Prelado compostelano, y no había en la ciudad otro Obispo.

En las Constituciones antiguas de esta Santa Iglesia se leen los acuerdos que tomaron el Arzobispo D. Juan Arias (1232-1266) y el Cabildo Metropolitano, en conformidad con las costumbres inmemoriales establecidas respecto á los que venían á visitar las reliquias del Apóstol. Tales acuerdos son una prueba más del inmenso número de peregrinos, y nos enteran del orden con que se acercaban al altar del Santo Apóstol desde las primeras horas de la mañana.

El custodio del altar y un clérigo, puestos en pie, y con varas en la mano, iban llamando por



EL CASTILLO DE CHILLÓN EN SUIZA.

naciones, y en su propio idioma, á los piadosos romeros, que se agrupaban en torno del presbiterio para ganar las indulgencias de la peregrinación, con cuyo fin aquéllos empezaban dándoles con la vara un ligero golpe en la espalda ó en otra parte del cuerpo.

Hecho esto, pronunciábase por el sacerdote la fórmula de la absolución, y llamando en seguida á todos los peregrinos, según la lengua de cada uno, decía, dirigiéndose al Santo Apóstol, estas palabras:

Be tom a atrom, San Giama!

A atrom de labro!

Terminados los oficios divinos de la mañana,

subían los peregrinos al altar del Apóstol, donde depositaban sus ofrendas, pasaban después á venerar la *Cadena*, aquella tal vez con que los judíos habían tenido aprisionado á nuestro Santo Patrono, y recorrían, por fin, las demás estaciones. « Si la *Corona* de Santiago, leemos en uno de los párrafos de los citados acuerdos, estuviere en el altar, los alemanes deben presentar sus ofrendas, primero á la *Corona*, luego á la *Crus*, que es conducida delante de dicha *Corona*, después á la *Cadena*, y por último al *Arca de la Obra*. Mas si los alemanes fuesen conducidos al Tesoro para venerar la *Corona*, después que salgan del Tesoro deben ofrecer al *Arca de la Obra*

antes que al altar... Cuando esté cerrada la puerta del altar de Santiago, leemos en otro párrafo de la misma relación, y los tesoreros se hayan marchado, también el clérigo que esté junto al *Arca* debe dejar la sobrepelliz y retirarse de allí con el arquero. Deben, no obstante, dejar un hombre que esté sentado y sin vara en las gradas de la entrada del altar, y guarde el lino, la cera y las demás cosas que se ofreciesen. No debe llamar á los peregrinos; pero si estos le preguntaren cuál es el *Arca de la Obra* ó el altar de Santiago, debe decirselo con toda fidelidad. »

Por la tarde, después de comer, volvían los

LOS AUXILIOS DE LA RELIGIÓN EN LA CALAMIDAD PRESENTE.



LA CARIDAD CRISTIANA EN ACCIÓN. — Dibujo del Sr. Ara.

tesoreros, el guarda del Arca y el clérigo; y otra vez llamaban á los peregrinos, dándoles con la vara un ligero golpe en la espalda. Estos, después de visitar el altar del Santo, iban recorriendo las demás estaciones en el orden que dejamos expuesto.

Concluidas Vísperas, poníanse guardas en el altar; y el arquero y clérigo mencionados designaban al efecto algún peregrino que pudiese respon-

der á las preguntas y dudas que le expusiesen los otros peregrinos, y los instruyese en el orden y modo de visitar las demás estaciones de la santa basílica. «El arquero no debe recibir imágenes de hombre, de caballo, ó de otra forma, ni incienso, ni paños... Del mismo modo, en el altar de Santiago y en las demás estaciones de la Iglesia no deben recibir báculos de hierro, ni cruces férreas, ni plo-

mo, ni ciriales de hierro. Todas estas cosas deben ser para el Arca de la Obra. En el altar pueden, sí, recibir sables en buen estado, cuchillos ó campanas que también se hallen en buen estado. El arquero tampoco debe admitir cera en panal; pero debe recoger todas las velas que sean allí ofrecidas, á excepción del cirio grande del clamor. Los tesoreros no deben enseñar á los peregrinos,

nos el cepillo para que echen en él las ofrendas. »

Sería interminable la lista de personajes insigues en santidad, jerarquía social, letras y armas que en la serie de los siglos visitaron el templo del Santo Apóstol y veneraron sus preciosas reliquias. Aquí, por no citar otros muchos que la Iglesia tiene en los altares, vino el seráfico Patriarca San Francisco, aquí Santo Domingo de Guzmán, aquí San Franco y San Bernardino de Sena, aquí San Vicente Ferrer, aquí Santo Toribio de Mogrovejo, que en nuestra escuela recibió el grado de Licenciado en Derecho Canónico, aquí Santa Isabel, reina de Portugal, y Santa Brígida.

En el siglo XVI continuaban visitando el sepulcro del Hijo del Trueno numerosísimos peregrinos, procedentes de todos los pueblos de la cristiandad. Aunque bien conocidas, no debemos omitir las estrofas en que, con más verdad que estro poético, el Licenciado Molina pinta el cuadro que ofrecía la ciudad del Santo Apóstol al mediar aquella centuria:

Visitale Albania, normando, gascones,
Mallorca, Menorca, Cerdeña y Cecilia,
Efesios, corintios, Dalmacia y Panfilia,
Vascos, chiprianos, también esclavones;
De Ponto y Tesalia y acá los saxones.
Polonia, Noruega, Irlanda y Escocia,
De Egipto, de Siria, también Capadocia,
De Jerusalén con otras naciones.

Visitale Francia, Italia, Alemania,
Hungria, Bohemia, gran parte de Grecia,
Los negros etiopes, Ibernía, Suecia,
Caldea, Fenicia, ni Arabia se extraña,
Y más Inglaterra, con Flandes, Bretaña,
Del Gran Preste Juan, de Armenia y de Frisia.
Teniendo tal cuenta con esta Galicia,
Los cuales afrontan á nós los de España.

Por los años 1645, en que imprimía su *Teatro Eclesiástico* el maestro Gil González Dávila, «las naciones que venían en romería á visitar el santuario eran España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Polonia, Moscovia, Esclavonia, Hungría, Flandes y de las partes de Asia.» Algunos años más adelante, todavía era tal la muchedumbre de peregrinos, que no pudiendo acercarse cómodamente á la sagrada Mesa sin molestar y causar cierta perturbación, por el apretadísimo concurso, el sacerdote, después de dar la Comunión en la capilla del Rey de Francia, iba distribuyendo el pan eucarístico por las naves del sagrado templo, por el claustro y por la gran plaza de la Quintana, que llenaban los piadosos romeros. En el Cabildo de 3 de Diciembre de 1666 se tomaba el notabilísimo acuerdo que copiamos literalmente del acta capitular, firmada en el mismo día. En este Cabildo los dichos señores ordenaron que por cuanto el señor Cardenal mayor tiene por su cuenta la capilla del Rey de Francia, donde se les administra el Santísimo Sacramento de la Eucaristía á todos los peregrinos que vienen á visitar el sepulcro de nuestro Santo Apóstol..., tenga en ella dos hachas para que con ellas se acompañe á su Divina Majestad cuando se diere la Comunión por la nave de Nuestra Señora de la Preñada, y por los claustros y Quintana, como suele suceder muchas veces, y especialmente los Años Santos y de Jubileo por el concurso grande de peregrinos. Fueron tantos los que vinieron á visitar el sepulcro del Apóstol en el Año Santo de 1706, que el Cabildo acordó se pusiesen altares en el claustro para decir misa y dar la Comunión.

Todavía, á pesar de la calamidad de los tiempos, continuaron las peregrinaciones, de suerte que en 1794 D. Miguel Ferro, que era á la sazón arquitecto de la Catedral compostelana, pudo consignar la siguiente nota en los planos que de nuestra portentosa basílica trazó en dicho año: «Es tanto el concurso, que en los días de mayor solemnidad apenas caben en el templo las dos terceras partes de los concurrentes, excluyendo de este cálculo las numerosas familias que componen esta ciudad.»

Desde entonces, las revoluciones que inauguraron la época actual, el descreimiento y la indiferencia que desgraciadamente se han apoderado de los espíritus y dominan en las instituciones modernas, han influido en la decadencia de las peregrinaciones compostelanas, que no son ni sombra de lo que en otro tiempo fueron. Hoy, sin embargo, renace el fervoroso entusiasmo antiguo, que esperamos en Dios y en nuestro Santo Apóstol continuará en progresivo aumento, como nuncio feliz de tiempos mejores.

J. FERNÁNDEZ SANCHEZ. F. FREIRE BARREIRO.

AVE VERUM



La luz de la lámpara, que hacía menos triste la larga velada, palidecía con los primeros resplandores del día. Jacobo Meyer se inclinó sobre el lecho de su

niña enferma: dormía Lea con sueño agitado. Reteniendo su aliento, quedóse algunos momentos inmóvil delante de la mesa cubierta de hojas esparcidas. Su mirada sombría y desolada se fijaba sobre las notas apenas secas, que demostraban un trabajo recién interrumpido. ¡Trabajo estéril, por desgracia! Absorbido en un pensamiento único, devorado por el temor, debía luchar el desgraciado padre contra su pena, para hacer frente á las amargas obligaciones de la vida, y por grande que fuese su fuerza de voluntad, quedaba vencido en este desigual combate. Hacía como unos diez años, que la desgracia se cebaba contra el artista, que había descuidado todo trabajo: ¿cómo cantar cuando la muerte llamaba con golpes redoblados á su hogar? Escaso de recursos, él, que poco antes gastaba con magnífica indolencia el producto de su talento, Jacobo veía con espanto acercarse el momento terrible, en que le sería imposible pagar los costosos remedios y los solícitos cuidados, en los que él esperaba para la salvación de Lea. Pedía á la inspiración le secundase en su tarea, pero su destrozado corazón le hacía incapaz de producir la obra que él soñaba, así que desesperaba de sí mismo. No parecía sino que se había interpuesto un velo entre él y su pasado; la savia artística parecía haberse agotado para siempre en su alma. Sus composiciones, otras veces tan apreciadas, las volvía á ver sin entusiasmo. Admitido como á igual por los maestros, predestinado á la fortuna y á la gloria, Jacobo Meyer debía extinguirse miserablemente en la oscuridad y el olvido. Por cierto, lo que él deseaba al lado de Lea, no era desde luego el eco de una vana fama que de siglo en siglo pasa á la posteridad; de buena gana hubiera dado todos sus proyectos, todos sus triunfos, con tal de asegurar á su hija un porvenir tranquilo. Este hijo de Israel no tenía creencia alguna; el dolor, ese grande señor de las almas elevadas no tenía para él el contrapeso en la inmutable esperanza que sostiene á los fieles cristianos en las tribulaciones más espantosas. Joven aun, había dejado su familia, en la que eran respetadas las tradiciones judías, y el escepticismo del siglo le había sujetado á sus leyes. La prueba le irritaba, Jehovah le parecía inexorable. ¡Cuántas veces, sin embargo, se había dirigido á Dios con la soberbia del fariseo! ¿Merecía ser así pulverizada una existencia irreproachable? Tan pronto se decía Jacobo: el mundo obedece á la fatalidad, nuestros padres han sido engañados; con la muerte, todo concluye; otras veces, acordándose del Decálogo promulgado sobre el Sinaí, trataba de bajar su frente y de implorar el Libertador esperado, ese Mesías, que devolvería á su oprimido pueblo el esplendor y pujanza de otro tiempo. Con más frecuencia se separaba de toda idea religiosa; pero la paz había huido de su alma, y su miseria moral era más espantosa que la que él tenía para Lea.

Abrió los ojos la enferma. Meyer se acercó á ella con la sonrisa en los labios, calmado en apariencia, y, como siempre, atento y cariñoso. Ninguna mano femenil no hubiera levantado con tan delicadas precauciones las almohadas de Lea, vuelto el cubrecamas y preparado la bebida refrescante ordenada por el doctor.

— Padre — dijo la pequeñuela — ¿no le parece á usted que puedo levantarme hoy? Hace buen tiempo, me gustaría ver sus canarios, y esto me fortificaría para permanecer un momento en el balcón.

— ¿No sería esto una imprudencia, querida? Llovió ayer, y el balcón está húmedo.

— Entonces, usted ejecutará algo, y Mike me hará dibujos.

— Todo lo que tú quieras, querida niña.

Mike era hijo de una pobre viuda, á quien las bondades de Jacobo Meyer habían sacado de una penosa situación. Reconocida al artista, en sus ratos desocupados la viuda reemplazaba á los servidores que Jacobo se había visto obligado á despedir por economía, y Mike era el esclavo de Lea. Esclavitud dulce. Jamás la joven enferma había dirigido una palabra dura á ninguna persona. Quería á Mike y al lápiz infatigable que, durante horas enteras, dibujaba. Este pobre muchacho, que ganaba su pan cotidiano tirando de un fuelle de fragua, había nacido dibujante, como él decía. Jacobo Meyer le profesaba un particular cariño desde que había hallado en su bufete un bosquejo firmado Mike, retrato tan parecido de Lea, que había estremecido su corazón paternal.

— Voy á decir á Mike que se despidiera de su amo, mi pequeña hija — declaró Jacobo.

— Sí, padre, y si quisiera usted hacerme una gracia, le traería con nosotros. ¡Se siente tan desgraciado por no poder estudiar!

Un fuerte campanillazo impidió á Jacobo contestar. El que se anunciaba así no podía ser un concurrente habitual. Lea se encontraba tan débil, que

el menor ruido inesperado la hacía estremecer.

Hablaban en la antesala. La viuda abrió con dulzura la puerta; un desconocido preguntaba por el señor Meyer.

— Vuelvo al momento, mi querida Lea.

El salón donde aguardaba el visitante no tenía la menor apariencia de lujo: un viejo clavicordio, una mesa y dos butacas era todo. El cuarto de Lea era la única pieza elegante y confortable de la casa; todo lo que no podía ser útil ó agradable á la pequeña había sido vendido.

— ¿Es al señor Jacobo Meyer compositor, á quien tengo el honor de hablar?

Jacobo se inclinó, y el desconocido sentóse de nuevo en su butaca mirando al artista con el más vivo interés.

— Temprano en demasía, tal vez soy indiscreto; pero usted me perdonará en favor del motivo que me conduce aquí. Soy uno de sus admiradores, caballero; conozco todas sus obras, y ardo en los más vivos deseos de obtener de usted un favor. ¿Me le concederá usted? ¿Ve usted la posibilidad de componer un canto sobre el texto que le entregó?

Diciendo esto presentaba al artista una hoja de papel.

Apenas Jacobo pasó los ojos por ella, sintió oprimirse el corazón. El desconocido parecía rico; tal vez se ofrecía á este padre torturado la salud de su hija y era preciso rehusar.

— Lo siento profundamente, caballero... Me es imposible.

— ¡Imposible! ¡Hace tres meses que le estoy buscando, señor Meyer, bien convencido que, sólo usted interpretará como conviene, conforme yo lo deseo, esta plegaria, que tan bella es para mis sentimientos católicos, y usted rehusa!

Evidentemente este hombre era un gran señor cuya voluntad jamás encontraba obstáculos.

— Pero escuche esto, señor Meyer, y dígame si su genio no creará una nueva página magistral:

— «Yo os saludo ¡oh! verdadero cuerpo nacido de la Virgen María.

» Cuerpo doloroso, inmolado sobre la cruz por el hombre.

» De vuestro costado traspasado ha salido el agua con la sangre.

» Sed para nosotros en la hora de la muerte gozo anticipado de la vida eterna.

» ¡Oh dulce Jesús! ¡oh Jesús misericordioso! ¡oh Jesús hijo de María! tened piedad de nosotros.»

El desconocido había transportado toda su alma á su voz. Brilló una lágrima en los ojos de Jacobo: los que saben rogar así ¿qué no obtienen del cielo?

— Señor Meyer, cuento con usted, me hace falta una obra maestra. El aire del texto latino es muy bueno, pero muy conocido. Quiero una melodía nueva, conmovedora, para el texto vulgar. Le doy quince días... Ponga usted manos á la obra, maestro, y que la música sagrada le inscriba entre sus más venerados maestros. Dejo á usted mi tarjeta.

Antes de que Jacobo se hubiese repuesto de la sorpresa, el duque de Vende bajaba la escalera y se alejaba en carruaje.

— ¡Un original! pensó el artista. Pero pasó distraído durante el día, y los figurones de Mike sirvieron de buen entretenimiento á Lea.

El doctor llamó aparte á Jacobo, y le aconsejó alquilase una casa de campo, en donde la niña respiraría aires saludables y al propio tiempo disfrutaría buen sol, hasta el momento en que le fuese permitido llevarla á orillas de la mar. El invierno en el Mediodía completaría la cura. Lea quedaría todavía algunos años delicada, pero á fuerza de cuidados... El pobre Meyer reía nerviosamente en la meseta después de haber despedido al ilustre doctor; mucho más triste que los sollozos era esta risa. Lea no curaría. El campo, la mar y el Mediodía eran para él, remedios inaccesibles.

Al entrar en el cuarto, donde Mike, brillante el ojo de inteligencia, explicaba á su querida señorita un paisaje de su invención, Jacobo se sintió tan trastornado, tan incapaz de disimular por más largo tiempo sus íntimos tormentos, que para refrescar su ardorosa frente al contacto del mármol inclinóla sobre su mesa. El papel dejado por el duque de Vende estaba colocado á la vista sobre los cuadernos arreglados con el mayor cuidado por la viuda. Jacobo lo desplegó maquinalmente. ¡Qué incomprensibles eran estas líneas para un incrédulo!

— Mike, ¿conservas tu libro de la primera comunión? Sí. Entonces anda á buscarle si te place.

Mike obedeció apresuradamente. Era el señor Meyer quien había pagado el vestido del fausto día, y el libro y el cirio, y el bueno del muchacho, que amaba á Dios con todas sus fuerzas tal como está mandado, le rogaba en secreto para que el buen señor y la señorita Lea fuesen también hijos de la

Iglesia. ¡Jamás se rezaba en casa de los Meyer, desgraciadamente!

Jacobo leyó con la mayor atención el libro de devoción. Mejor hubiese comprendido el árabe. Para él, debía existir una clave misteriosa, un secreto revelado á los iniciados para penetrar el sentido de ese extraño lenguaje. Cerró el libro con una suerte de despecho, y volvió al texto enigmático propuesto por el señor duque. Jamás, estaba bien seguro de ello, llegaría á componer tan singular melodía.

En los días siguientes Lea empeoró en su enfermedad; desapareció el artista delante del padre. Repareció posteriormente la mejoría, y Jacobo ensayó, por prudencia, por deber, el poner en música esa prosa singular, esta invocación, que hubiera querido algunas veces cantar en cristiano. ¡Vanos esfuerzos! Su pensamiento rebelde se le ocultaba; se le enredaban las notas, y sus ojos no distinguían ni las líneas. ¡Ay! y Lea habría podido curar, si la fuente de la inspiración se le volviese á abrir, si el artista encontraba su vía. ¿Debía, pues, abandonar toda esperanza?

Durante el solemne silencio de las noches pasadas á la cabecera del lecho de la niña, frecuentemente el descaminado judío echó de menos el bien perdido, la fe de sus padres, los viejos y queridos recuerdos de la infancia. Y á su pesar balbuceaba: «Yo os saludo, oh verdadero cuerpo nacido de la Virgen María;» pero no para rogar, él no podía.

Una noche que él solo luchaba contra las crisis, que dejaban más abatida á su querida niña, un grito salió de su corazón:

— ¡Oh Jesús, hijo de María, tened piedad de nosotros! Inspiradme, ayudadme, y yo creeré en vos: Padre, me hallo mejor. Siga usted rogando á Jesús, su nombre me dulcifica.

Y Jacobo continuó rogando...

Esa noche la niña durmió sin despertarse y Meyer escribió, sin tachar una sola nota, cuatro páginas, que ensayó á la mañana siguiente en su clavicordio poniéndolo á la sordina. El plazo espiraba aquel día.

A las nueve de la mañana se hacía anunciar el duque de Vende. Sobre su plegaria, Jacobo tocó su *Ave Verum*.

Nunca el viejo instrumento había traducido unos pensamientos más musicales, una plegaria más expresiva. Un adagio de una dulzura penetrante decía el primer versículo. Todos los arrepentimientos del judío gritaban gracias á ese «cuerpo doloroso del costado traspasado.» Llorando cantaba el corazón; «sed para nosotros á la hora de la muerte.» Y dos voces, aérea y suave la una, solemne y poderosa la otra, alternaban en él. «¡Oh dulce Jesús! ¡Oh Jesús misericordioso!»

— ¡Admirable, sublime! exclamó el duque transportado. Señor Jacobo Meyer, le nombro mi maestro de capilla. ¿Acepta usted?

Se concertaron. El duque de Vende, veinte veces millonario y músico de mérito, quería rodearse de artistas á quienes trataba con una magnificencia real. A Jacobo Meyer no le engañó el presentimiento, le venía la salud por el *Ave Verum*.

Algunos meses después, Jacobo y Lea eran bautizados en la capilla particular del duque. Mike fué el padrino de su amiguita. La viuda y su hijo no debían ya más separarse de los Meyer.

M. FRANC.

UN MANUSCRITO INÉDITO DEL P. RIBADENEIRA

VIDA

DE DOÑA ESTEFANÍA MANRIQUE DE CASTILLA, FUNDADORA DE LA CASA PROFESA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO XII

Cómo Dios oía su oración.



STAS mudanzas de corazones y de vidas alcanzaba Doña Estefanía del Señor por su raro ejemplo, con el cual persuadía más que si predicara, y por medio de su oración, porque su celestial esposo la oía, regalaba y hacía lo que en ella le suplicaba. Porque demás de los otros dones singulares que el Señor la comunicó, y por la oración como un caño y arcaduz se derivaron en su alma, como queda referido, uno fué, y no el menor, que impetraba de Dios lo que en la oración le pedía para sí y para los otros. Y dejando á muchos que con sus oraciones libró de grandes peligros y aun de muertes, y les alcanzó buenos sucesos en sus negocios, quiero sólo referir dos casos particulares.

Martin de Herrera, Capellan de la Capilla de los Reyes nuevos de la Santa Iglesia de Toledo, fué muy grande amigo y testamentario de D. Pedro Manrique, y por esta causa muy conocido y amado de Doña Estefanía. Cayó malo de un recio tabardillo en Abril del año 1606, que al septeno le apretó de manera, que los médicos tenían poca esperanza de su vida. Súpolo Doña Estefanía, entrose en su aposento, y con grande abundancia de lágrimas suplicó á su dulce esposo que le alargase la vida, si había de ser para su servicio. Oyóla el Señor, y salió del septeno casi sin calentura, y fue tan grande y tan repentina la mejoría que se entendió había venido del cielo por las oraciones de Doña Estefanía, á quien el mismo Martin de Herrera claramente dice que debe la vida, y salud que tiene.

Tenía en su casa una criada llamada María Evangelista, que la había servido en la larga y penosa enfermedad que tuvo con particular amor y cuidado, y era casada también con un criado de Doña Estefanía. Vino á estar de parto en 20 de Setiembre de 1606 años, y fue tanta su flaqueza, que en ninguna manera podía echar la criatura, que ya estaba casi muerta, y doblada de tal forma, que la comadre y otros entendieron que en ninguna manera podría parir ni escapar. Cuando Doña Estefanía supo el gran peligro de su criada vino á ella, animóla y exhortóla á confiar en Dios. Púsose luego en oración, y de allí á un poco la tornó á animar, y hizo otras devociones con gran fervor, gastando tres horas en ellas suplicando al Señor se apiadase de aquella pobre muger y de lo que tenía en el vientre. Oyóla el Señor; sacó el niño el brazo, y la cabeza; bautizóla la comadre, y luego salió repentinamente sin que la madre lo sintiese, con una señal de sangre en la garganta, que mostraba estar ya casi ahogado, y dió dos boqueadas, y espiró, y la madre quedó libre, y los que allí estaban, y la misma María Evangelista con grande aseveración afirma que la vida temporal que ella tiene, y la eterna de su hijo después de Dios las debe á los méritos de Doña Estefanía.

Deseó mucho Doña Estefanía y suplicó muchas veces con grande instancia al Señor que se casase á su madre y la trocase el corazón para que no la molestase, ni la importunase en materia de casamientos. Alcanzólo de manera que su madre se aquietó y la dejó, y con su ejemplo y oraciones se dió mucho á la devoción, oyendo cada día en la Iglesia muchas misas, y confesándose y comulgándose muy á menudo, y ejercitándose en obras de caridad, de lo cual la santa hija recibió increíble gozo. Deseó asimismo que no llevase Dios desta vida á su madre, hasta que ella quedase en edad, que después de su muerte no la persiguiesen ni hablasen de casamientos, y puesto caso que su madre era vieja, y vivía enferma, Dios se la guardó hasta que Doña Estefanía tuvo treinta y cinco años, y al punto que su madre espiró mudó traje, y tomó tocas, y con esto se libró de la importunidad de los que la pretendían por mujer.

Pidió á Dios Nuestro Señor la buena vida y buena muerte de Don Pedro Manrique su hermano, y para este efecto hizo continua y fervorosa oración muchos años. Oyóla Nuestro Señor de manera que algunos años antes que muriese se retiró de las cosas del mundo, y se dió muy de veras á la virtud, á dar limosnas, leer libros buenos, tratar con personas santas y religiosas, y ejercitarse en obras de piedad, y viviendo una vida no sólo de caballero muy honrado, como siempre lo había sido, sino de caballero muy cristiano y ejemplar; esto toca á la vida; pero no la oyó menos el Señor en lo que más importa que es la buena muerte, porque en la postrera enfermedad que tuvo de que murió, los médicos creyendo que la enfermedad sería larga trataron de purgarle, y hacerle otros remedios, sin avisar hubiese peligro alguno presente. Mas la buena hermana demás de la oración que hizo hacer en los monasterios de la ciudad temiendo mucho que el peligro era muy grande, y muy propincuo, estuvo casi toda una noche en oración suplicando á Nuestro Señor que en caso que no fuese servido de darle salud, diese muerte á su hermano, y que no le llevase de esta vida sino con todos los Santos Sacramentos de la Iglesia, y con su conocimiento y amor; y por medio desta oración segun lo juzgaron personas muy cuerdas que con cuidado advirtieron las circunstancias particulares que en esto pasaron, luego por la mañana siguiente que fue á los 28 de Abril se conoció el peligro en que estaba Don Pedro y dejando los otros remedios del cuerpo se atendió á los del alma, y Don Pedro se confesó muy despacio con mucha devoción y gusto, y recibió los otros Sacramentos de la Iglesia, y no hallándose en disposición para acabar su testamento que tenía escrito en un borrador, dió poder á su hermana para hacerle por él, y se mandó enterrar en la Iglesia de la Compañía en

el lugar donde su hermana se enterrase, como fundadores que querían ser de la Casa Profesa de la Compañía de Toledo, en la forma y manera que su hermana lo ordenase como tenían antes tratado entre sí; y con esta disposición y última voluntad murió muy cristianamente á los 29 del dicho mes, que fue el séptimo ú octavo día de su enfermedad. Lo cual fué de sumo consuelo para Doña Estefanía así por ver acabar en tan buena muerte á un hermano que ella siempre amaba, y tanto había siempre respetado y obedecido; porque ninguna cosa después de su salvación más había deseado y pedido á Nuestro Señor que poder dejar toda su hacienda que tuviese libre á la Compañía, por juzgar se emplearía en beneficio de los prójimos, y en grande aumento del bien de las almas, con la predicación, confesiones y enseñanzas, de que los de la Compañía andan tan sedientos, conforme á su instituto; particularmente al remedio espiritual de los pobres encarcelados, y los demás que en todas las partes estan sin amparo, ni quien acuda al remedio de sus almas y conciencias. Este deseo tuvo toda su vida y tan vehemente que en el mismo tiempo que estuvo tan fatigada de dolores, y de aquella enfermedad tan penosa, y tan prolija de ocho años, suplicó á Nuestro Señor que si era servido le diese vida para cumplir lo que tanto deseaba hacer en su servicio, y dejar su hacienda y la de su hermano á la Compañía; y en esto también la oyó el Señor y le dió salud casi milagrosa y contra el parecer de los médicos que la curaban, que nunca pensaron que se levantaría de una cama, y algunas noches, que no llegaría á su mañana; tanta era su flaqueza y tantos los dolores, angustias y desmayos de su corazón con un perpetuo desvelo, y otros accidentes mortales. Pero ella se hizo aplicar una firma de mano del Santo Padre Ignacio con quien tuvo particular devoción, y por muchos días le suplicó afectuosamente le alcanzase salud de Nuestro Señor, si era para su servicio lo que ella pretendía y que se la diese poco á poco y sin ruido, porque no la deseaba. Mejoró y levantose de la cama y después vivió otros siete años y ganó á su hermano, y con su ejemplo le persuadió que los dos fuesen fundadores de la Casa Profesa, y que después de acabado el edificio de la Iglesia y Casa (que no puede renta) se aplicase lo que dejaban al Colegio de la misma Compañía de Toledo, cuyo fundador es el Cardenal Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo; y aunque hubo muchas y grandes dificultades en esta fundación, porque la Compañía no quería admitir con algunas condiciones que pedía Don Pedro Manrique por ser repugnantes á su Instituto, y se dilató cinco años este negocio, en dares y tomares, todavía las oraciones y lágrimas de Doña Estefanía fueron tan continuas y tan eficaces, que su hermano murió con la disposición que queda referido, y ella vino á hacer todo lo que deseaba, y la Compañía á aceptar la fundación, sin contravenir á sus constituciones, y con agradecimiento extraordinario y gozo de esta Señora, á quien por tantos respetos tenía tanta obligación.

(Se continuará)

AURORA

(Conclusión.)

VI



OLVÍ á Pontevedra porque no podía de ningún modo desatender el cumplimiento de mis obligaciones. Me olvidé decir que días antes estuve y me entregaron una carta de Vigo. Juzgo inútil manifestaros que en esa carta se mostraba quejoso mi buen señor de mi conducta digna, según él, de la mayor censura. Me decía que estubo esperándome con suma impaciencia, porque había llegado allí un capitalista de Buenos Aires que necesitaba una persona de educación y confianza que le sirviera de secretario, para lo cual se hacía preciso que poseyera el francés, pero que se marchó aquel día y que ya no había nada.

Le dí las gracias por su interés y le tracé á grandes rasgos lo que ya llevo contado y el riesgo inminente en que estuve por cumplir con sus deseos, y que no me pesaba nunca haber desistido de mi viaje para acudir al socorro de unos desgraciados.

Al domingo siguiente por la mañana, emprendí mi paseo para el Ulló, que sólo es un paseo lo que se tarda en llegar desde la capital de la provincia. Iba á empezarse la misa cuando yo llegué, y todos estaban en el templo, pobre porque era el santuario de infelices familias trabajadoras del mar, rico porque todos oraban con fervor, y sus oraciones, hijas

de almas creyentes y puras, iban derechas al cielo. Allí vi en primer término á Aurora, cubierta toda de negro con sus hermosos ojos fijos en la imagen de la Virgen de las Angustias, que, á los pies del Crucificado, se mostraba en el altar. Gruesas y abundantes lágrimas surcaban sus mejillas, y con sus manos en cruz, pálida su cara como la azucena de los valles y sus labios trémulos balbuceando una plegaria que conmovía el corazón, se me figuraba el emblema vivo de las Virgenes de Rafael, Murillo y Rubens en los horribles momentos de su amarga soledad. Su pobre madre lloraba también con sin igual desconsuelo. El señor Juan estaba á su lado rezando de rodillas, grave, taciturno y sin afectación.

Abismado me hallaba contemplando estas figuras, que personificaban la tristeza y el más cruel desencanto de las ilusiones de la vida. Comprendido el carácter y los sentimientos de Aurora se podía pronosticar sin temor á equivocarse, que su viudez y su luto durarían siempre.

Terminada la misa salí de la iglesia entre aquellas honradas gentes, y esperamos con respetuoso silencio á que salieran las víctimas del desastre. Mas pasó mucho tiempo y no salían, hasta que se oyó un grito y todos nos precipitamos otra vez dentro de la iglesia. Vi á Aurora caída en el suelo en los brazos de su madre. El padre de Domingo, abismado en hondo abatimiento, sostenía entre las suyas una mano de Aurora. ¿Qué había pasado allí?

Doña Isabel no tardó en llegar y consiguió por medio de reflexiones oportunas el gusto de llevarse á Redondela á la madre y á la hija, cosa que no pudo conseguir reciente la desgracia, y quería aprovechar esta ocasión en que su hijo Luis se hallaba en la Coruña con sus parientes. Era en verdad doloroso contemplar á cada instante el sitio del naufragio y los puntos donde se mecieron sus esperanzas y su dicha. El Sr. Juan no quiso ir; hombre de mucho pecho y de mucho corazón y acostumbreado á padecer, dijo que él pasaría con resignación cristiana el resto de sus días hasta que Dios quisiera, con el haber que le había señalado la virtuosa dama de Redondela, y la esperanza de ser útil á sus paisanos en el hospitalito, que no pasó mucho tiempo en hallarse fundado.

Mas hora es ya de decir cuál fué la causa del desmayo de la doncella viuda en la iglesia del Ulló.

En un altar inmediato y pendiente de la pared descubrió la desgraciada el traje de pescador que hacía seis años llevaba Domingo, y que lo dedicó á su santo en un día de tormenta en que estuvo á pique de perecer. Al verlo Aurora dió un grito, llevóse la mano al corazón y cayó desmayada.

VII

Un día mi patrona me entregó una tarjeta de la viuda de Redondela, en la que ésta me expresaba el contento que tendría en verme en Pontevedra, donde se hallaba entonces. Volé al punto á la casa de la bienhechora de los pobres, y después de enterarme de la salud de su padre, le pregunté por Aurora.

— Parece una virgen de la antigua Roma — me contestó doña Isabel; — triste siempre, para ella ha acabado todo menos sus sentimientos de caridad; concluyeron sus ilusiones, como concluyó su hechicera sonrisa, como se extinguió la radiante luz de sus ojos y el canto melancólico y dulce con que embelesaba á los pescadores en las horas en que se retiraban á disfrutar de la quietud de sus hogares.

— ¿Y en qué distrae los tristes momentos de su soledad?

En muchas cosas. En primer lugar, ha dicho á todos que no vuelve á casarse ni á quitarse el luto nunca. Al amanecer se levanta como siempre, y acompañada de su madre se marcha al cementerio á orar sobre las tumbas de sus seres más queridos. Allí suele estar una hora y vuelve á casa para hacer el almuerzo de los pescadores enfermos y sus familias, y ella misma se lo lleva, así como á sus horas oportunas, la comida y la cena. Después de cumplido esto, que llama un deber, vuelve á su casa y almuerza con su madre, hacen sus demás quehaceres domésticos, y después recibe á todos los niños de ambos sexos de los pescadores, á quienes enseña la doctrina cristiana, á leer, á escribir y á contar.

— ¿Se ha hecho maestra de escuela?

— Completamente. Ella me lo indicó y yo aprobé su conducta, porque Aurora lo hace solamente impulsada por el genio del más puro cristianismo. Le compré todo lo indispensable para el desempeño de una escuela, y el señor cura va allí todas las tardes á ayudarla en sus lecciones sobre religión y moral. Además de esto, á las niñas les enseña á co-

ser y á todas las labores propias de su sexo. Yo la he dicho que la acompañaré todos los domingos. Ahora sabe que voy á Madrid, pero que volveré pronto. La infeliz llora en los brazos de su madre como llora en los míos.

— Ella — dije yo — es un ángel, que sólo sabe hacer bien; pero á usted le cabe la dicha de haber contribuido á sus buenas obras.

Después de esta breve conversación, la viuda de Redondela partió para su viaje y yo salí de Ulló para no volver más. El tiempo, sin embargo, no ha logrado borrar mis recuerdos, que guardo vivos, como en los días en que conocí á los honrados personajes de esta narración. Iba á añadir, histórica; pero ¿para qué? Para presenciar escenas como las que yo he descrito y conocer gentes tan honradas, no hay más que visitar cualquier pueblo de nuestras costas de Galicia.

VICENTE ASPA.

Madrid, 1885.

PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)



A veis — dijo ella devolviéndole la carta; — todo el mundo quiere que huya, que viva. ¿Y cuando partirá?

— No lo sé aún. Probablemente esta tarde. Necesito un poco de tiempo para pensarlo. — ¿Y no habrá nadie comprometido? ¿Vos mismo corréis algún peligro?

— ¿De qué os inquietáis, Alejandra? No lloreis por mí, vuestra responsabilidad queda libre. De aquí en adelante no es por vos por quien voy á disponer la fuga de Witold. He recibido de mis jefes la orden formal de hacerlo; puedo sondear las dificultades y prever las consecuencias, pero es mi deber el exponerme á ello, y no me sustraeré, como tampoco á las probabilidades de un combate desigual.

— ¡Según eso, tal vez vos también moriréis, y ya no tendré hermano! — exclamó tomando la mano al joven capitán con un gesto de desesperación. — Qué es, pues, esta idea grandiosa y terrible, qué es esta divinidad sombría y desconocida, qué es esta patria, la vuestra tanto como la mía, por la cual se derrama, sin contarlas, la sangre y las lágrimas, y que, como el Saturno antiguo, devora á sus hijos?

— No la acuséis, hermana mía, porque no la comprendéis. Es tan misteriosa como santa; toma en sus brazos y consuela á aquellos que les ha faltado el amor y el gozo, respondió Ignatiew estrechando la mano de la joven. Adiós, voy á trabajar para la fuga de Witold... Si oís hablar mañana de él ó de mí, rogad por los dos.

Hablando de este modo, la dejó, y se encerró en su cuarto una hora. Allí reunió algunos papeles, quemó muchos otros, escribió sus últimas disposiciones y se quitó de su pecho con tristeza un pequeño retrato de Alejandra, que en otra ocasión le había dado Pablo. « Si me sucede alguna desgracia, se dijo, no quiero que encuentren sobre mí este retrato. Que ella sea amada, respetada y bendecida por todos, como yo lo hago. »

Después se puso á combinar varios planes de evasión. Primero; Witold podría limar los hierros de su ventana, pasar por la abertura, y á una señal convenida atravesar á nado el foso de la ciudadela; pero el agua del foso, fangosa y resbaladiza, no era más que una especie de fango que podría entorpecer los miembros del prisionero y aun privarle de toda especie de movimiento. Además, los centinelas esparcidos sobre la muralla, haciendo por ese lado una buena guardia, podrían disparar al fugitivo y repetir, si era preciso, los disparos mientras que él se esforzaba en vano por salir del fango del foso. Lo más prudente era, pues, hacerlo escapar por el interior de la ciudadela, poniendo á Hyrcio de centinela á la puerta del cuarto y otro cosaco de confianza á la entrada del corredor.

Sin embargo, Ignatiew titubeaba en sacrificar la vida de estos dos hombres, que fusilarían seguramente cuando supieran que eran culpables de haber favorecido la fuga del cautivo. Después de haber reflexionado maduramente, resolvió hacer pasar á Turno por el interior de la fortaleza, fingiendo una huida por el exterior por medio de rejas cortadas. De este modo las sospechas de complicidad serían mucho menos personales, menos precisas, y si se

buscase más alto la mano que lo había facilitado todo, ya vería Ignatiew lo que tendría que decir.

En consecuencia, recibió Witold una lima cuando le llevaron su comida. Enviarle una lima, era indicarle el uso que debía hacer de ella. Así es que se puso á trabajar con resolución desde que concluyó de comer. Mientras que frotaba con fuerza el instrumento contra la superficie rugosa de los hierros, cantaba muy alto para disimular así el chirrido sonoro. Después de cinco minutos de trabajo, se paró, esperando el momento en que el centinela abriese el cerrojo é introdujese su cabeza por la puerta entreabierta.

Al cabo de veinte minutos, Witold limó el primer hierro. Lo volvió á arreglar ligeramente y empezó con otro. A eso de las siete de la tarde, estaba concluida la faena y los hierros podían caer al menor gesto y á la primera señal. Cumpliendo su tarea, el prisionero miraba de cuando en cuando el barro fangoso que se extendía ante él, y más de una vez movió la cabeza con un suspiro de mal agüero. Pero su buena fe nativa lo tranquilizó completamente. Ya que Ignatiew le había mandado esta lima, era porque Ignatiew sabía que él podía atravesar el foso. Witold creía ciegamente en el honor, porque él era profundamente honrado.

Y bien, para marcharse, le daban sin duda una señal, pero esta señal no venía, y Turno la esperaba con profunda ansiedad. A eso de las ocho y media, vinieron, sin embargo, á relevar el centinela; vió pasar por la puerta entreabierta el rostro del fiel Hyrcio.

— ¿Es ahora? — le preguntó Witold á media voz.

— ¡Aun no. Esperad al capitán; va á venir — respondió el centinela cerrando la puerta.

Al cabo de un cuarto de hora, Turno oyó pasos en el corredor, y en seguida apareció Ignatiew. Hyrcio en el umbral del calabozo, tenía la orden de avisar en caso de alarma.

— Aquí hay vestidos para usted — dijo el joven capitán sacando de debajo de su abrigo un vestido completo de cosaco. — Tome usted estos grandes bigotes postizos, esta peluca rubia... Pronto, ponedla sobre vuestros cabellos negros.

— Pero, para nadar en el foso, no necesito tanto disfraz — respondió Witold, señalando la ventana con el dedo.

— No piense usted en irse por ahí, comandante, eso es imposible, añadió Ignatiew. Voy á echar esos hierros al foso, para que crea el coronel que ha huido usted por ese lado y no moleste á los dos centinelas.

— ¿Pero entonces cómo voy á huir?

— Por la gran puerta de la ciudadela. Irá usted acompañado de dos cosacos á llevar una orden de mi parte al mayor Bluboff á Ostrolenka... En la silla encontrará usted pistolas, por si tiene necesidad de defenderse.

— De ese modo, es una huida noble, dijo Witold estrechando la mano de Ignatiew.

« Amo con entusiasmo la libertad; sin embargo, me repugnaba un poco el irla á buscar en este fangal, lo confieso. Pero me decís que se trata de una expedición, que tal vez haya peligros que correr; ya estoy pronto; partamos. »

Y Witold acabó de arreglar sus bigotes y su peluca, mientras que Ignatiew quitaba las rejas de la ventana y las echaba en el foso.

Después, antes de salir del cuarto, Turno se inclinó hacia la cama, é Ignatiew pensó que había ido á buscar en ella el pequeño ramo ajado.

— ¡Buena suerte! dijo Hyrcio á su prisionero, en el momento en que éste salió del umbral de su jaula.

— ¡Y buena suerte á usted también...! ¿No os molestarán para nada?

— No; el capitán lo ha arreglado todo bien... Debéis estar muy agradecido al capitán.

En el extremo del corredor, la segunda centinela, sin decir una palabra, los dejó pasar, contentándose con presentar las armas.

Cuando llegó al patio, Witold percibió el espacio abierto ante él, las estrellas brillando encima de su cabeza, se sintió feliz y libre y estrechó silenciosamente en la sombra la mano de Ignatiew.

« Aquí está su caballo, le dijo este último conduciéndolo al ángulo de una pared; es uno de los mejores de nuestras cuadras. Ahora sus dos camaradas se hallan destacados allí enfrente de esta puerta. Como usted les es desconocido, es usted para ellos un cosaco mensajero que me ha enviado Bluboff, de la 4.^a sección, acantonada en Pultusk. Ahora mismo me juntaré con ustedes y les daré mis órdenes. Recuerde usted bien todo lo que le he dicho, y que Dios le proteja. »

Witold lanzó su caballo al galope y vino á reunirse alegremente con sus dos compañeros de camino. Hablaba bastante bien el ruso para que no se

descubriese fácilmente la treta, y además se encontraba muy fuerte cuando él tenía gran aire, el espacio libre al rededor suyo y armas á su costado.

Los dos cosacos le preguntaron noticias de su guarnición y le rogaron que les sirviese de guía hasta Ostrolenka.

En este momento se acercó Ignatiew y dió á Witold una carta lacrada.

— Esto es lo que daréis al mayor — le dijo. No os dejéis sorprender, y en todos casos, como os recomienda este mensaje, defendedlo con valor. Ahora en camino, y volando.

Se lanzaron los caballos, y en un segundo llegaron al último recinto de la fortaleza. Iban á pasarlo, cuando una escolta de caballería viniendo de fuera les impidió el paso. Era el coronel Nebutoff acompañado de algunos guardias. Los tres hombres, para dejarlos entrar, se pusieron justamente debajo del balcón de Alejandra. En este momento oyó Witold encima de él un ligero ruido de hojas; levantó la cabeza y percibió con la claridad de la luna á la joven que se apoyaba en el balcón, pálida, inmóvil de terror, mirando, ya á su padre, ya al prisionero.

— Parad — gritó el coronel. — ¿Dónde vais á esta hora?

— A llevar un despacho á Ostrolenka — respondió, poniéndose la mano en el kolkpak, un cosaco de la ciudadela.

— Un despacho... ¿Quién lo manda?

— El capitán Ignatiew.

— ¡Ah! Es Ignatiew... ¿Y quién sois vosotros?

Los dos hombres dijeron sus nombres.

— ¿Y éste? — prosiguió el coronel señalando á Witold.

— Parfen Mikolaj, de la 4.ª sección del regimiento de Orel; con vuestro permiso, coronel, respondió Witold haciendo el saludo militar.

— ¿Se os ha mandado aquí?

— Sí, he llegado á eso de las siete.

— ¡Ah! sí, á esa hora estaba ausente... Por eso ha respondido Ignatiew. Es igual, hubiera debido aguardarme... ¿Quién tiene el despacho?

— Yo — dijo Witold.

— Entonces, dámelo y espera; voy á ver lo que es.

Witold se lo dió con mano firme.

En el mismo momento se oyó un grito comprimido en el balcón, y Alejandra, desmayada, cayó bajo su abrigo de hojas. Todos levantaron la cabeza.

— Es mi hija — dijo el coronel; — ¿qué es lo que le habrá sucedido? Esperad que me informe.

Felizmente, en este momento Ignatiew se acercaba al grupo.

— En dos palabras, coronel, os diré de qué se trata... La comisión tiene prisa, y no creo que sea prudente retardar la ida de estos hombres. Y dijo algunas palabras al oído del coronel.

— Está bien, marchad — dijo aquél al cabo de algunos instantes, haciendo una seña á los tres cosacos. Los caballos se pusieron en movimiento; salvaron la puerta grande á galope, y muy pronto con un trote igual se alejaron por el campo.

¡Por fin! por fin había llegado la libertad. Delante de Witold la llanura era inmensa, y detrás de él, la ciudadela estaba lejos. El joven jefe, dejándose llevar por el ímpetu de su caballo, pasó una hora deliciosa. Después de las emociones, el cansancio, el coraje y la desesperación de los dos últimos días, se volvía á encontrar feliz, libre. Aspiraba el aire de la noche como lo hubiese hecho con un límpido brebaje; se sentía estremecer de gozo hendiendo todavía una vez el espacio, y acariciaba con febril transporte las crines de su hermoso caballo. ¡Y todo esto, este fresco, esta noche, esta carrera, esta vida nueva después del reciente cautiverio que no le dejaba otra perspectiva que el destierro en Siberia ó la muerte debajo de las balas de un pelotón enemigo!

Para Witold esto era bastante para hacerle olvidar los que velaban á su lado y aun aquellos que había dejado atrás.

Durante un momento, Mlotek, entregado á sus deliciosas sensaciones, no había oído una palabra de la conversación de los dos cosacos; después, moderando un poco su gozo y pensando que después de todo no estaba aún muy distante de la ciudadela, se resolvió á representar su papel aun algún tiempo. Empezó á quejarse del rigor del oficio, tomó informes del carácter del comandante, del régimen de la fortaleza; pero al mismo tiempo que los divertía con sus bromas, quería reconocer el terreno y procuraba orientarse. El camino que seguían en este momento nuestros jinetes era árido y desnudo, y Witold tenía probabilidades de salvación, sobre todo si pudiera meterse en la espesura de los bosques. Continuó marchando con su escolta durante tres cuartos de hora, teniendo fijas las mi-

radas en todos los recodos del camino, repasando en su imaginación sus dos últimos días y pensando en esta hermosa noche de libertad serena que iba él á pasar en el bosque.

En efecto, á la claridad de la luna vió extenderse dos grandes líneas negras que, juntándose, parecían cerrar el camino en el horizonte. Su corazón latió, sus ojos brillaron; era su querido asilo, que desde lejos le abría los brazos. Excitó su caballo, y con un galope furioso se lanzó por el camino. Los dos cosacos lo siguieron, y muy pronto los tres se acercaron á los primeros árboles del bosque.

En este momento se oyó en lontananza una detonación sorda en la dirección de la fortaleza.

— Es el ruido del cañón — exclamó un cosaco, parando bruscamente su caballo. — ¿Tal vez los insurrectos atacan la ciudadela?

— ¿Y quién se atrevería? — replicó su compañero. — Pero ¿quién sabe si se habrá escapado el prisionero?

— Ese jefe que trajeron ayer noche y que el coronel ha mandado que lo guarden como un tesoro de cien millones de rublos. Si es él el que se ha escapado, á fe mía es un buen negocio. El coronel es capaz de hacer degradar á todos los oficiales y dar de palos á todo el regimiento.

— ¿Pero cómo se habrá podido escapar ese prisionero, Tymofiej? Esto me parece muy difícil.

— Es difícil, en verdad, pero no imposible. ¡Se han visto tantas cosas aun más sorprendentes! Solamente, si se ha salvado, me pregunto yo dónde estará en este momento. Tal vez manotea en el fango del foso, tal vez está escondido en el otro lado, en un haz de heno ó en alguna cabaña.

— ¡Os engañáis, está aquí! — interrumpió Witold parando su caballo y presentando su revólver á los cosacos.

Estos se callaron y lo miraron, medio riéndose, medio atónitos.

— Camarada, queréis chancearos, le dijo al fin Tymofiej, disponiéndose á marchar.

— No me río con bandidos como vosotros — exclamó Witold quitándose bruscamente su kolkpak, su peluca rubia, y dejándoles ver las facciones varoniles y la negra cabellera del valiente jefe de los insurrectos.

— Verdaderamente que es él — exclamó Tymofiej levantando su sable.

Pero el arma no tuvo tiempo para bajarse, estalló el revólver, y el cosaco, con el hombro deshecho, fué á caer entre los matorrales. En este momento su compañero apuntó á Mlotek, y una bala rozó por su pecho. Witold se volvió y de un sablazo tronchó la mano que empuñaba aún el arma humeando; después, espoleando á su caballo, se internó en el bosque.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Cálculo de locomoción. — Cuadro comparativo del tiempo que se invierte en el recorrido de una milla por los diferentes medios de locomoción que se conocen.

Tomado de un diario alemán.

	Minutos	Segundos
Locomotora.....	0	50
Caballo al galope.....	1	40
Caballo al trote.....	2	09
Biciclo.....	2	39
Skating (patines).....	3	00
Triciclo.....	3	08
Hombre á la carrera.....	4	16
Lancha con remos.....	5	02
Hombre al paso.....	6	23
Hombre á nado.....	12	42

Baños para limpiar las péndolas y las cajas metálicas de los relojes. — El baño se compone de las sustancias siguientes:

Agua.....	250 gramos.
Amoniaco líquido....	(una cucharada de café).
Jabón blanco.....	5 gramos.

Se hace la disolución y se guarda en frasco bien tapado. Si con el tiempo pierde su fuerza, se añade un poco de amoniaco.

Los objetos que se han de limpiar se introducen en el baño durante diez minutos lo menos, y en algunos casos hasta veinte ó treinta. Se enjugan bien, y si es necesario se pulen con un polvo duro, por ejemplo, de cuerno de ciervo ó de rojo de Inglaterra. De este modo quedan como nuevos, y si no quedasen bien se les da un segundo baño con más amoniaco.

El amoniaco no ataca al acero ni altera su temple;

pero debe tenerse en cuenta que altera al cobre y al latón si el baño está muy cargado de amoniaco.

Las cajas de oro y de plata quedan muy limpias por una rápida inmersión de las mismas en amoniaco, secándolas bien después; y para que adquieran brillo se pulimentan con una brocha y un polvo como el de cuerno de ciervo calcinado.

Excusado es decir que para esta operación es menester quitar la máquina, pues quedaría estropeado y parado el reloj si le tocara la más mínima cantidad de amoniaco.

Tomamos de *Le Tinturier pratique* las siguientes recetas para lavar y blanquear los sombreros de paja:

Blanqueo. — Se introducen los sombreros de paja en una tina de agua hirviendo, donde se les deja durante una noche, y al día siguiente se cepillan fuertemente con una disolución concentrada de jabón blando; sin secar y lavar se los lleva á la cámara de azufre, donde permanecen unas 12 horas, y por último, se lavan y se ponen á secar.

Para dar á la paja un tinte amarillento, se pasan los sombreros por un baño con una pequeña cantidad de ácido pícrico y ácido sulfúrico; se sacan del baño, se dejan escurrir, se pasan á la forma y se secan.

Negro. — Por cinco kilogramos de sombreros de paja, se monta un baño hecho á la ebullición, con un kilogramo de caparrosa, medio kilogramo de crémor tártaro y un cuarto de kilogramo de sulfato de cobre. Si este baño se prepara con un baño viejo de tintura, tanto mejor. En él se dejan los sombreros durante una noche, y al día siguiente se tiñen en un baño nuevo hecho con dos kilogramos de campeche. Los sombreros así teñidos, salen algo pardos, pero cepillándolos adquieren un buen lustre.

Gris nuevo. — Por cinco kilogramos de sombreros de paja, se da en frío un baño de zumaque y se tiñe en otro de bengalina acidulado ligeramente con ácido acético. Estos grises de bengalina son más vivos que los antiguos.

Pardo. — Por cinco kilogramos de sombreros de paja, se prepara un baño con 500 gramos de sulfato de alúmina, 250 de bisulfato de sosa, y 125 gramos de ácido sulfúrico. Se amordienta á la ebullición, y luego se añade fuchina ácida, carmín de añil y cúrcuma en proporciones convenientes para obtener el matiz que se desea. Se hace hervir, se lava y se seca.

MISCELÁNEA

He aquí los términos en que da cuenta de la entrada solemne del nuevo Obispo de Salamanca en su capital diocesana una carta de aquella ciudad:

« Las cinco y media de la tarde eran (13 de Agosto) cuando entre el alegre clamoreo de las campanas de los cien templos que aún tiene Salamanca, y á los acordes de una banda de música, salía de la Catedral la procesión, que iba al encuentro del Prelado. Precedían todas las Cofradías y Ordenes terceras con sus respectivas imágenes; seguía la ejemplarísima Comunidad de PP. Dominicos, luego la Cruz de la Catedral, seguida de las veinticuatro de otras tantas parroquias; después venía todo el clero precediendo al cabildo, con el cual, según antiquísima concordia, iban incorporados el Rector y Decanos de la Universidad en traje académico, haciendo de Preste el señor Chantre revestido de pluvial blanco. Cerraban la procesión numerosos jefes y oficiales del ejército, el Ayuntamiento, la Diputación provincial y los gobernadores civil y militar.

« A la puerta de la gallarda iglesia de las Agustinas, enriquecida con la imponderable Concepción de Ribera, se hallaba el Prelado con capa magna encarnada y arrodillado sobre un almohadón, besó la Cruz que le presentó el señor Chantre, dirigiéndose al altar mayor, donde se vistió de Pontifical.

« Púsose nuevamente en marcha la procesión, yendo bajo palio el Prelado, que fueron llevando á trechos los oficiales del ejército, el Ayuntamiento y Diputación, durante la larga carrera por la calle del Prior, Plaza Mayor, plazuela de Iglesias de la Casa, calles del Navío y Rua, plazuela de San Isidro, calle de la Estafeta, hasta entrar en la Catedral.

« Ante el altar del trascoro, puesto de rodillas el Prelado, hizo el juramento de costumbre, é inmediatamente entonó el señor Chantre el *Te-Deum*, que prosiguieron los cantores, mientras se dirigía el Prelado á la capilla mayor. Allí ocupó el trono, y cantadas las preces del pontifical, admitió el beso de su pastoral anillo al Cabildo, Beneficiados, Cle-

rey y autoridades que quisieron dar este testimonio de su respeto á la autoridad de la Iglesia, tan dignamente representada por el joven y egregio Prelado.

El cual, desnudándose luego de los ornamentos pontificales, acompañado del Cabildo, fué á orar á la capilla del Santísimo Cristo de las Batallas, imagen veneranda legada á esta iglesia por el Obispo D. Jerónimo, confesor del Cid; retirándose luego á palacio, al pie de cuya escalera se despidió de la Ilustrísima Corporación Capitular con breves pero corteses y agradecidas frases.

La cocina económica montada por la Asociación de Nuestra Señora de los Desamparados, en Valencia, está dando los mejores resultados. El número de bonos que se expenden estos días llega á cerca de trescientos, y si la benéfica Asociación ensancha su esfera, indudablemente aumentará la cifra.

Los pobres pueden contar por veinticinco céntimos con una excelente comida, consistente en media libra de pan sazonado y tierno, y un plato de menestra compuesto de arroz en cantidad de 84 gramos, con carne, tocino y el correspondiente garbanzo, que alterna con la patata, todo ello confeccionado con mucho esmero y limpieza.

Las almas caritativas deben adquirir algunos de esos bonos y repartirlos á los pobres, propagando una institución que no tiene precio en estos momentos.

El Sr. Conejos, encargado (como saben nuestros lectores) del despacho de los bonos, ha prorrogado la hora de expendición, de las ocho de la noche en que estaba señalada, á las nueve de la misma, en obsequio á los menesterosos que durante la mañana y tarde recorren las calles de la ciudad en demanda de una limosna, con la que luego puedan proveerse del bono que ha de proporcionarles el alimento del siguiente día.

El señor gobernador ha remitido al presidente de la Asociación una buena cantidad para que se invierta en facilitar comida á los pobres.

Uno de los establecimientos benéficos que mayores servicios están prestando al público es el de las Siervas de María, dedicadas al servicio domiciliario de enfermos. Dadas las circunstancias, el número de asistencias es muy superior al personal de la comunidad, y por ello se hace necesario que apenas termine un servicio, sin dar ni un minuto de tregua á las hermanas, vayan á encargarse de nuevos enfermos, si por ventura no regresan á la casa conventual ya atacadas del cólera, como sucedió ayer, en que esperaban á las Siervas más de cuarenta asistencias, y las dos únicas que terminaron su heroica misión, tuvieron que guardar cama. También se encontraba indispueta la madre superiora.

Pensamientos sobre la educación.—En los adultos debe educarse el entendimiento; en los jóvenes, el corazón; en los niños, la voluntad. (Rosell.)

Los ignorantes son los negros de la casta blanca. (Campoamor.)

Los claros entendimientos, y sobre todo los buenos, son la aristocracia de Dios. (Aparisi.)

El deber de la educación es desarrollar á cada individuo en toda la perfección de que es susceptible. (Kant.)

Tres cosas pueden conocerse á primera vista en una ciudad; en qué estado se halla la educación, cuál es el gusto artístico de sus habitantes, cuál es el concepto que merece su policía.

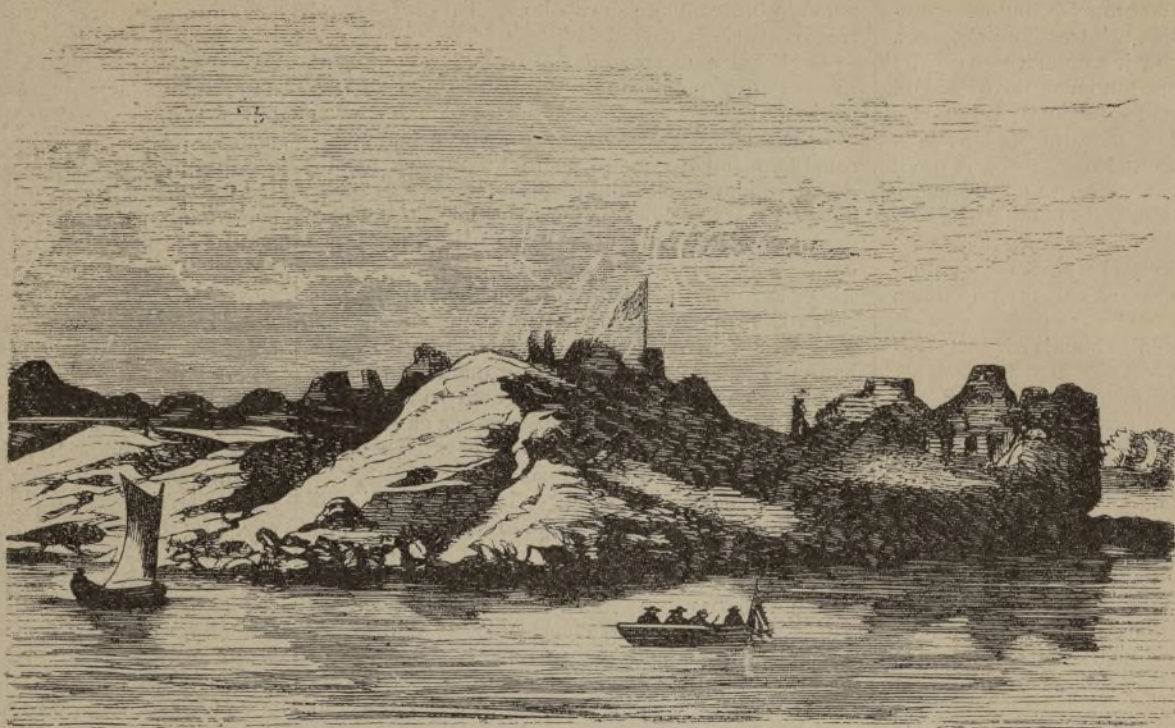
¿Veis paredes tiznadas, rayadas y descascaradas, efigies sin narices ni dedos, álamos y acacias heridos, y con tiras de corteza colgando? Allí es defectuosa

la educación, no hay amor á las artes, no hay policía diligente.

Principia el niño por ensuciar una pared y no se le corrige, un día manchará la reputación más limpia. Maltrata hoy una escultura, y da fin á un olmo; después golpeará y herirá carne humana.

Las autoridades que dejan en paz á los que dañan el edificio, á la estatua y al árbol, dejan crecer y multiplicarse á los futuros destructores de todo. (Hartzenbusch.)

El que no da un oficio á su hijo le enseña á ser ladrón. (Proverbio persa.)



LANUREC, ISLOTE DE LAS CAROLINAS, DONDE SE IZÓ PRIMERO LA BANDERA ESPAÑOLA.

La instrucción es el freno más poderoso de los tiranos. (Pagés.)

La buena educación de la juventud es la garantía más segura de la felicidad de un estado. (Oxenstiern.)

Nada hay que se resista á la educación, á fuerza de educación se hace bailar á los osos. (Helvecio.)

Enseñar es aprender dos veces. (Jaubert.)

La memoria es el estuche de la ciencia. (Montaigne.)

Las criaturas nunca están bien cuidadas sino por sus padres, y los maridos por sus mujeres. (Jaubert.)

La cabeza del ignorante es una esponja seca. (***)

La ignorancia afirma ó niega rotundamente, la ciencia duda. Cuanto más uno ha leído, más instruido es; cuanto más ha meditado, más en estado se halla de afirmar que no sabe nada. (Voltaire.)

La ignorancia es la mayor enfermedad del género humano. (Idem.)

La falsa ciencia es una verdadera ignorancia adquirida. (Helvetius.)

El verdadero huérfano es el que no ha recibido educación. (P. oriental.)

El talento es una letra de cambio que no tiene ningún valor si no está endosada por la razón. (Mad. Campán.)

De la educación nace el carácter del hombre; de ella saca sus vicios y virtudes; su objeto principal es lo bueno; su término la virtud. (***)

La vida del hombre es una educación larga, cuyo fin es la perfección, y la verdadera perfección es la que se halla en concordancia con la situación y destino de cada cual. (De Gerando.)

La ignorancia es un rocín que hace tropezar á cada paso á quien le monta, y pone en ridículo á quien le conduce. (P. persa.)

Educando á nuestros hijos haremos nuestra propia felicidad. (Droz.)

Un joven sigue su primera senda sin que la deje ni aun en la vejez. (Salomón.)

Un monarca sin instrucción es un asno coronado. (Alfonso V.)

Sólo el sabio es libre. (Zenón.)

Un rico ignorante es una oveja con lana de oro. (Sócrates.)

Ferrocarriles españoles.—En 1848 construyóse el primer ferrocarril en España, abriéndose á la explotación 28 kilómetros, y en 1851 48 más; en 1855 eran ya 475 los kilómetros construidos; 1.912 en 1860; 4.823 en 1865; 5.469 en 1870; 6.134

en 1875; 7.537 en 1880; y 8.779 en la actualidad, según los datos publicados por la Dirección general de Obras públicas sobre la situación de los caminos, de hierro en 1.º de Enero del presente año.

Además de estos 8.779 kilómetros actualmente en explotación y en los cuales comprendemos 106 de tranvías, se encuentran en construcción 950 kilómetros de líneas férreas y 110 de tranvías, y con proyecto aprobado 1.100 de ferrocarril y 156 de tranvías.

En el pasado año de 1884 se abrieron á la explotación nueve líneas completas y cinco trayectos de líneas en que ya circulaban trenes, formando una extensión de 462.318 kilómetros; concediéronse 12 líneas entre caminos de hierro y tranvías en una extensión de 246.758 kilómetros y un presupuesto total de 34.519.460,49 pesetas, y se autorizó el estudio para 14 líneas.

Para concluir, los 12.693.312 kilómetros de ferrocarril que hay en España, contando los que están explotándose y los que se hallan en construcción, componen 152 líneas y corresponden á 69 empresas concesionarias, entre las cuales la *Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante* tiene 19 líneas y 2.886.695 kilómetros, la de *Caminos de hierro del Norte* otras 19 y 2.678.228 kilómetros, y la de los *Ferrocarriles andaluces* 15 líneas y 1.193.956 kilómetros.

Por acuerdo de la Junta de socorros del distrito de Buenavista, se han habierto tres cocinas económicas para los pobres del mismo, donde se les suministra una abundante comida, mediante la presentación de los bonos que repartan los individuos de la Junta.

Las cocinas se hallan establecidas en el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús para los barrios de la Prosperidad y Guindalera; en un solar de la calle de Villanueva, para los de Salamanca y Plaza de Toros, y en otro solar de la calle del Barquillo, para los barrios restantes.

Se reparten hasta mil raciones diarias.

Es un buen ejemplo para las Juntas de socorros de los demás distritos de esta Corte.

El día 13 del corriente falleció en esta Corte, víctima del cólera, el Sr. D. Enrique Pérez Hernández, aventajado escritor y orador, que colaboró en varias publicaciones católicas, granjeándose merecida fama. — R. I. P.



El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Bienvenido Monzón Martín y Puente, Arzobispo de Sevilla, ha muerto en la Zubia, cerca de Granada, víctima de su caridad.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA publicó en 28 de Septiembre de 1880 su retrato y su biografía. Había nacido en Camarillas, provincia de Teruel, el 14 de Octubre de 1820. Fué párroco de la Catedral de Teruel, magistral de la Granja, lectoral de Toledo, Obispo auxiliar de Toledo, Arzobispo de Santo Domingo, y últimamente de Granada, desde el 24 de Abril de 1866. Nombrado ahora Arzobispo de Sevilla, ha muerto sin tomar asiento en la Silla de San Leandro. — R. I. P.